



Universidad Autónoma
del Estado de México

El crimen de Mariana Jobsz

MAILETH PATIÑO ENSASTEGUI





Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Ciencias de la Educación

Yolanda Eugenia Ballesteros Senties

Secretaria de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales

Patricia Zarza Delgado

Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias del Agua

Francisco Zepeda Mondragón

Secretario de Extensión y Vinculación

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Lujá

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias de la Educación

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Secretario de Rectoría

Doctora en Ciencias Económico Administrativas

Eréndira Fierro Moreno

Secretaria de Administración

Doctor en Educación

Octavio Crisóforo Bernal Ramos

Secretario de Finanzas

Doctor en Ciencias Computacionales

José Raymundo Marcial Romero

Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho

Luz María Consuelo Jaimes Legorreta

Abogada General

Doctor en Ciencias Sociales

Luis Raúl Ortíz Ramírez

Secretario Técnico de la Rectoría

Licenciada en Comunicación

Ginarely Valencia Alcántara

Directora General de Comunicación Universitaria

Doctora en Ciencias de la Educación

Sandra Chávez Marín

*Directora General de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales*

El crimen de Mariana Jobs

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

El crimen de Mariana Jobo

Maileth Patiño Ensastegui



**Universidad Autónoma
del Estado de México**

"2021, Celebración de los 65 Años de la Universidad Autónoma del Estado de México"

Primera edición, junio 2021

El crimen de Mariana Jobs

Maileth Patiño Ensastegui

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C. P. 50000

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-280-1

Hecho en México

Editor responsable: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Yuritza Mendoza

y Lucina Ayala López

Diseño: Eva Laura Rojas Almazán

Diseño de portada: Luis Maldonado Barraza



INDICE

9	PRÓLOGO
11	CAPÍTULO 1
51	CAPÍTULO 2
81	CAPÍTULO 3
117	CAPÍTULO 4
129	CAPÍTULO 5

PRÓLOGO

La mente humana puede ser compleja y aun así ser consciente de sus procesos y causa de su programación. En lo personal, he observado que mucha gente cuida su salud física, restándole importancia a la salud mental o incluso no la contemplan como un objetivo para el crecimiento personal. He aquí una pequeña historia que se centra en la relevancia de los sentimientos y las emociones, la importancia de expresarlos para evitar situaciones dañinas y caminar hacia lo que nos provoca felicidad; también, para tener la capacidad de liberar las emociones negativas, es decir, hacer catarsis, y así soltar cargas, poder inspirar confianza, paz interior, mejorar relaciones interpersonales y poseer empoderamiento en la vida.



Capítulo 1



Madre, si estás leyendo esta carta, perdóname, pero no quiero mentirte; siempre quise hacer esto porque de una u otra forma debía estar a mano con la persona que más daño me ha hecho en la vida...

Mucha gente dice que estoy mal de mis facultades mentales, pues haber estudiado medicina y especializarme en psiquiatría, no fue suficiente para controlar mi mente y evitar llegar hasta este punto de mi vida. Terminar en la cárcel no fue lo peor, sino que aun con mi grado de estudios, mis clases de meditación y yoga, mi entrenamiento y todos los libros que jamás creí leer en mi vida, no bastaron. Nada fue suficiente para evitar matar a mi padre.

—Mamá, no quiero verduras.

—No es que quieras, tienes que comerlas.

—Pero no me gustan, saben feo.

—Dije que tienes que comértelas, Mariana.

—¡Ya llegué, familia! —dijo papá tras cerrar la puerta de la casa.

—¡Papi, te extrañé! —Corrí a abrazarlo.

—¿Cómo estás, mi chinita hermosa? —Él siempre me decía así porque le encantaba mi cabello, pues era largo, castaño y bastante rizado.

—Triste, porque mamá me quiere dar verduras y yo no quiero.

—Eso no es problema, ahorita te hago una pechuga de pollo para que comas lo que te gusta.

—No malacostumbres a esa niña, Héctor —dijo mamá molesta.

Nacimos con la genética de mi padre, todos los hermanos somos de tez blanca, complexión delgada y una estatura promedio. Los ojos no redondos, pero tampoco chiquitos; la nariz refinada como si nos hubiésemos hecho la rinoplastia, la cara larga y con ojos color miel; de parte de mi madre obtuvimos lo más valioso: la personalidad.

—¡Mami, mami, hoy es domingo! ¿A dónde iremos?

—No lo sé, pregúntale a tu padre —me contestó enojada mientras lavaba la ropa de toda la familia.

—Papi, quiero jugar, hay que salir.

—¿A dónde quieres ir, mi chinita? —me preguntó desde la cama donde estaba acostado.

—¡Ya sé, quiero ir a darle de comer a los patos!

—Mara, deja de lavar y vamos a llevar a las niñas a los Lirios. China, avísale a tu hermana Anny que salimos, lleven su pelota —dijo papá levantándose de la cama, con una energía parecida a la que tiene un niño después de comer mucho chocolate.

—Vayan ustedes, ¿no ves que estoy lavando? —dijo mamá bastante enojada.

—Mami, deja la ropa y vamos a jugar.

—¡Que vayan ustedes, Mariana! Yo estoy haciendo cosas —replicó mi madre.

—Que dejes ahí, Mara. Anda, hazlo por las niñas.

—Lleven la cámara, papá —dijo mi hermana Anny interrumpiendo la discusión entre mis padres.

—Está bien, vamos —contestó mamá resignada.

Tomamos nuestras cosas y nos fuimos caminando a los Lirios.

—Mira papá, tómanos una foto a Anny y a mí junto a esa torre. —Era una torre de luz cualquiera, pero ante mis ojos era como una grandiosa obra de arte, por el simple hecho de que estaba en el camino que me llevaba a la felicidad.

—¡Listo, salió espectacular la fotografía!

—Mira, mamá, ya casi llegamos —dijo Anny entusiasmada.

—¡Llegamos! —grité.

Anny y yo nos íbamos directo a las lagunas donde estaban los patos.

—Mira, ahí vienen —exclamé. Era curioso porque cada vez que íbamos, los patos venían a nosotras como si ya nos conocieran y supieran que era la hora de comer ¡Por Dios!, éramos tan felices los cuatro dándoles de comer a los animales, o por lo menos así lo proyectaba mi inocencia. Nos sentábamos frente a la laguna a disfrutar ante el hermoso panorama.

Recuerdo que los Lirios era mi lugar favorito y lo sigue siendo hasta cambiar por hoy. Era un parque enorme, había pequeñas cabañas, columpios, sube y bajas, canchas de basquetbol y futbol, la pista para correr, lagunas en las cuales habitaban patos y me encantaba verlos nadar y darles de comer tortillas; en fin, era algo colosal. Lo menciono en pasado porque hace bastante tiempo que no voy; es más, ni siquiera sé si todavía existe.

...mi padre. Sé que tú siempre quisiste el bien para mí, que empezaba con mis terapias con la

psicóloga de la universidad era una de mis mejores ideas, pero lo siento, no fue así.

18

—Héctor, párate; a Anny no deja de sangrarle la nariz y está hirviendo en fiebre, no es la primera vez que esto sucede —dijo mamá aterrada y más porque era de madrugada.

—Sólo ponle en la frente un trapo mojado y colócale papel higiénico en la nariz mientras mueves su cabeza hacia arriba —contestó papá al mismo tiempo que se paraba de la cama.

—Lourdes, levántate; necesito que me busques trapos o blusas que ya no uses, tu hermana se volvió a poner muy mal —dijo papá.

—Ya voy —contestó mi hermana asustada.

—¡Héctor! ¡Héctor! ¡Anny está convulsionando otra vez!

—Ya está aquí la tina con agua helada, desviste a la niña y métela en ella —comentó papá preocupado.

—Aquí están los trapos, Héctor —dijo mi hermana Lourdes. En aquel entonces no entendía por qué la mayor parte del tiempo lo llamaba por su nombre y no como “papá”.

—¡Vamos Chiris, reacciona! —gritaba desesperado papá. Le decía Chiris a Anny como apodo por ser la más chiquita de sus cinco hijos. Al menos de los de mi madre.

—¡Héctor, mi hija! —gritaba desconsolada mamá.

—Déjense de remedios caseros, hay que llevarla al doctor. Mi hermana morirá —dijo Lourdes entre enojada y asustada.

—Mara, despierta al vecino y dile que si nos puede llevar en su taxi al hospital más cercano; la niña va de mal en peor —dijo papá mientras vestía a Anny.

—Lourdes, cuida a Mariana y trata de que no despierte —le ordenó mi madre a mi hermana mayor.

Llevaron a mi hermana a la unidad de salud más cercana que había en ese entonces, y recibieron una noticia que cambiaría nuestra vida.

—¿Cómo está mi hija, doctor? —preguntó mi madre angustiada.

—Me temo que su hija está en un estado de salud bastante crítico. ¿Es la primera vez que se pone así?

—No, doctor. De hecho ya van varias veces que le sucede.

—¿Qué es lo que tiene la niña, doctor? —preguntó enojado papá.

—Su hija está anémica; pero eso no es todo, ya está a nada de contraer leucemia, lo siento —contestó el doctor mientras se retiraba de la sala de espera.

—Todo es tu culpa, nada de esto estuviera pasando si no las consintieras tanto, que si las niñas no quieren verduras, no les doy. Que si no quieren frijoles, no les doy. Que si no

quieren los cueros de la carne, no les doy. Entiende que son sólo unas niñas, ni siquiera tienen 10 años, no saben del todo lo que es bueno o malo. Lourdes ya comprende porque es un poco más grande, pero a Mariana y a Anny déjalas, que les falta mucho por aprender. Déjame educar a mis hijas como mejor me plazca porque tengo más derecho que tú —dijo mi madre, enojada y llorando al mismo tiempo, a mi papá.

Aún sigo sin entender cuánto dolor reside en mi corazón. Dime, ¿por qué alguien que se supone que me ama se querría ir? La ausencia de él me mataba. Me mataba no tener a quien abrazar todas esas veces que me rompían el corazón. Me mataba no tenerlo a lado mío en todas esas ocasiones en las que sentía que el mundo se me venía abajo o en las que era la mujer más feliz del planeta. Me mataban todas aquellas noches en las que lloraba hasta secarme, porque mi cerebro y mi alma de niña no

terminaban de entender la definición completa de una palabra: “abandono”. Me mataban todos esos “te quiero”, “te amo” que jamás me dijo. Me mataba el no saber si aún vivía, si estaba enfermo, si ya había comido o dónde estaba viviendo, pero lo que terminó de matarme fue que aun sabiendo él dónde estábamos, nunca nos buscó. Fue ahí cuando entendí lo fastidioso que es detestar a alguien a quien se ama.

—¡Niñas, a desayunar!

—¿Qué vamos a desayunar, mamá? —pregunté con curiosidad.

—Tú y Lourdes desayunarán pan con leche; Anny, pescado y verduras.

—Pero a ella no le gustan las verduras, mamá.

—Se las tiene que comer por su bien, ahorita no está su papá para que las consienta, se va a hacer lo que yo diga y punto.

—Le voy a decir a papá cuando llegue.

—¡Anny, apúrate, que tu desayuno se va a enfriar! —gritó mamá desde la cocina.

—Ya estoy aquí —dijo Anny mientras se sentaba en la mesa.

—Ten, cómete todo. No quiero que dejes nada ni siquiera las verduras.

—No quiero verduras.

—No, si no te estoy preguntando. Es una orden.

—¡Que no quiero! —gritó Anny enojada.

—¡Que te las comas, carajo!

—Anny, vamos, tienes que comértelas, es por tu bien —contestó Lourdes con un tono más suave queriendo bajar la tensión de la situación.

—¡No, no quiero, no, no, no!

—No tengo tu tiempo, niña berrinchuda. Lourdes, amárrala, voy a licuar sus verduras, porque de que se las come, se las come.

Recuerdo perfectamente, pensaba que era broma lo que decía mi madre, pero no, sí la amarró, la amarró con un lazo un poco grueso y no tan áspero para que no la lastimara. Durante un tiempo mi hermana menor, Anny, comía así. En ese entonces no entendía por qué la “lastimaban” de esa manera. No sabía que mi madre le salvaba la vida y que detrás de todo eso, la ignorancia de mi papá no tenía límite. Él pensaba que la leucemia no existía, que todo era un invento del doctor para sacarles dinero en cada chequeo, con cada medicamento y cada dieta.

No recuerdo con exactitud cuánto tiempo mi hermana Anny estuvo enferma y comiendo de esa manera, sólo sé que sí fueron varios meses, meses en los que mi madre no hallaba las horas para trabajar más tiempo, para obtener más ingresos y cubrir todos los gastos médicos. Días, horas, minutos que pasaban sin saber si su

pequeña hija, chiquita y flaca hasta el hueso podría superar un cáncer. Un ser inocente que no tenía maldad, una niña de sólo seis años de edad con un corazón noble, con una luz que iluminaba la vida de cualquiera, una esencia que era única. La confidente que siempre está ahí, sonriendo, bailando, jugando. Un rayito de esperanza.

Una vez, en una sesión, mi psicóloga me hizo una pregunta que contesté con un “sí” al azar, sin siquiera pensarlo a profundidad, como ahora lo hago mientras estoy en estas cuatro paredes, contando esta historia. La pregunta fue: ¿has pensado que si tu padre no se hubiera ido, tu vida hubiese sido diferente? La verdad nunca lo había analizado con detalle. Era obvio que mi vida hubiera sido diferente, porque ni siquiera estaría aquí, en la cárcel, esperando a que mi abogado venga a decirme cuándo será el día de mi juicio para apelar por mi libertad, y este libro nunca habría existido. Pero más allá

de todo esto, la respuesta es que si él se hubiera quedado, mi vida sería diferente, no para bien, sino para mal.

De tanto que leía sobre psicópatas y sociópatas, es irónico que no pueda definirme como alguno de ellos; aun siendo psiquiatra con bastante experiencia, no puedo acreditarme un nombre como éstos y no por vergüenza, sino por miedo.

Los psicópatas, a diferencia de los sociópatas, planean hasta el más mínimo detalle de sus crímenes, no se dejan llevar por el momento. Es más probable que puedan evitar la detención, ya que una persona común estaría expuesta a ser atrapada. Los profesionales de la salud mental consideran a la psicopatía como un trastorno hereditario.

La sociopatía describe comportamientos que son resultado de una lesión cerebral, abuso o negligencia en la infancia. Aun así creo

y siento que estoy en una posición neutra, ya que nunca tuve problemas mentales, más bien, evolucionaron con el tiempo tomando como base una partida que no quise.

Nunca imaginé planear un asesinato, a decir verdad, no tenía idea de lo que podría llegar a hacer con manos y mente fría, mucho menos con un familiar, con un ser que se supone que me protegería de todo lo malo sin saber que lo malo en mi vida era él.

Varias veces, durante el proceso de aceptación (el cual nunca llegó), intenté perdonarlo. Aunque él, en su miserable vida, nunca me hubiera pedido disculpas. Lo intenté, de verdad lo intenté, pero me cansé de no tener respuestas, de preguntarme en mis noches frías y llenas de soledad, en las que el tiempo no existía y no sabía a dónde me dirigía. Me cuestionaba sobre lo que hice mal para que él nos dejara de amar. Porque no sólo yo me rompí, se rompió todo, mis

hermanos, mi madre, el lazo que nos unía más allá de la sangre, un amor que no existió, algo que yo sola inventé porque todo era una farsa, una mentira disfrazada de cuento de hadas, una etapa que fue tan bella pero a la vez tan dura.

Después de mucho tiempo supe que la culpa no era mía, que cargué con un peso que no me pertenecía, pero ¡carajo!, nadie me dijo por qué la ruptura fue con sus hijos cuando sólo debió haber sido con mi madre. En fin, nada quita el porqué jamás volvió.

¿Cómo puede ser alguien tan vil para dejar una pequeña alma inocente esperanzada, sentada en una ventana en el segundo piso, departamento número cinco, ilusionada cada que escuchaba sonar el timbre, correr hacia la puerta, abrir y ver que no era él?

Saber que los días pasaron en un abrir y cerrar de ojos y el día menos esperado llegó; llegó el miércoles, las maletas estaban listas, ya me había

despedido de mis amigos, de mi primaria, de mi localidad, de mi vida en general para comenzar una nueva; según yo, estaba lista para empezar. Sólo estaba ahí, sentada en la banqueta afuera de mi casa, viendo de un lado para otro esperando a que llegara (papá) el camión de la mudanza y tal cual imaginé, llegó el camión y tuvimos que partir. Ese instante se convirtió en uno de los más tristes de mi vida, porque para mí ese “adiós” no fue precisamente una despedida.

—*Lourdes, necesito que cuides a tus hermanas, en especial a Anny, ya me tengo que ir a trabajar* —dijo mamá mientras se alistaba para salir.

—*Pero acabas de llegar de trabajar.*

—*Sí, hija, pero ya tengo doble trabajo, uno por las mañanas y otro por las tardes, sabes que necesitamos el dinero para la rehabilitación de tu hermana.*

—*Mamá, entiendo que tienes que trabajar más para el sustento de la casa, pero a veces ya*

no puedo, no puedo con la limpieza de la casa, con la escuela, con el baile, con mi trabajo y con las niñas, necesito descansar.

—¿Tú crees que yo no me canso? Ya te dejé la despensa, a ver qué les haces de comer a tus hermanas. Nos vemos en la noche —dijo mientras cerraba la puerta.

—Cúidate.

(Suena el teléfono)

—¿Hola? —contestó Lourdes.

—¿Lulú? ¿Qué tal? ¿Cómo están? ¿Cómo van las cosas por allá? Soy yo, Obad.

—¡Obad, qué felicidad escucharte otra vez! Estamos bien, ¿cómo están ustedes?

—Bien, las cosas van mejorando bastante, el “Polo” llegó ayer y se está hospedando a una cuadra de donde nosotros vivimos, ¿no es genial? Así, Fred y yo ya no estamos tan solos aquí, en los Estados Unidos.

—Excelente, al fin una buena noticia.

—¿De qué hablas? A ver, pásame a mi mamá.

—Se acaba de ir a trabajar.

—Pero ella trabaja por las mañanas, por eso le marqué ahorita.

—Pues ya tiene otro empleo.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando que no me quieres decir?

—Es Anny.

—¿Qué pasa con ella?

—Ya no sabemos qué hacer, está de hospital en hospital. Ya estoy harta porque Héctor no da el dinero suficiente para mantener a esta familia —contestó Lourdes mientras lloraba.

—No te preocupes, por eso les hablaba; dile a mamá que ya mandé dinero otra vez, que vaya y saque del banco, todo es para ella, pero ya no llores, todo va a estar bien, le marco en la noche entonces. Cuídense. (Colgó Obad).

—¿Quién era, Lulú? —le pregunté mientras la veía llorar.

—Era nuestro hermano Obad —contestó mientras se limpiaba las lágrimas.

—¿Qué te dijo? ¿Por qué estás llorando?

—Nada, no me hagas caso. Ven, vamos a comer, llama a Anny y váyanse a lavar las manos porque el huevo con jamón ya está y me quedó muy sabroso.

—Está bien.

Obad y Fred eran mis hermanos mayores. En aquella época no los recordaba del todo; aunque nos mandaban fotos, no tenía buenos recuerdos de ellos conmigo; es decir, no tenía memoria de haber pasado momentos a su lado; es más, ni siquiera sabía cómo eran sus caras. Ellos se fueron desde que yo era muy pequeña, tenía alrededor de unos tres o cuatro años.

—¿Ya están listas para irnos, niñas? —preguntó Lourdes con las llaves en las manos y a unos pasos de la puerta.

—Ya, nada más que venga Mariana con los juguetes —dijo Anny emocionada.

—No, ya vámonos, que tengo que estar a las seis de la tarde y ya es tardísimo. Mariana, vente ya o te dejo.

—Sólo encontré un carro, Anny.

—Ya déjalo así, sálganse —dijo Lourdes con prisa.

—¿A dónde vamos? —pregunté con curiosidad.

—Vamos a mi trabajo, les voy a encargar que se escondan y no hagan ruido.

—¿Por qué? —preguntó Anny un poco desconcertada.

—Porque a mis patrones no les gustan los niños y no tengo con quién encargarlas —contestó mientras nos tomaba de las manos y caminábamos.

—Está bien —contestamos al mismo tiempo Anny y yo.

—Bien, es aquí —dijo Lourdes mientras abría la cortina de un local que se encontraba a diez minutos de nuestra casa.

—Listo, métanse rápido debajo de la mesa y no hagan ruido, que mi jefe no tarda en llegar con el pan para vender.

—Ven, Anny, vamos a jugar a la casita —contesté tras tomarla de la mano y metiéndonos debajo de la mesa.

—Buenas tardes, Lourdes. Hoy se te hizo un poco tarde, pasé hace cinco minutos y este local estaba cerrado.

—Buenas tardes, don Pablo. Sí, me retrasé. Lo siento, no volverá a pasar. Deme el pan que ya no tardan en llegar los clientes, en especial uno que me encargó treinta panes para hoy. Creo que hará una fiesta o algo así. Si todo sale bien nos atraerá más clientela.

—Eso espero, Lourdes —contestó el señor mientras bajaba el pan de la camioneta.

—Bien, ya es todo. Vengo un poco antes de las 10 de la noche para hacer cuentas y cerrar. Nos vemos luego.

—¿Quién era él? —pregunté enojada.

—Él es mi jefe. No hagan ruido.

—Pero ya se fue —dijo Anny.

—Sí, pero se da sus vueltas para que no deje solo el local.

—De acuerdo.

Recuerdo que mi hermana trabajaba para apoyarse con su secundaria, porque lo que le daba mi madre no le alcanzaba. Lo más curioso era que ganaba veinte pesos al día, y quizá te preguntarás: ¿por qué trabajaba en este lugar y con ese sueldo? Simple, porque no había otro tan cerca de la casa para ganarse unas monedas, ¿a dónde más iría una niña cuidando a dos pequeñas? Porque no había con quién encargarlas. Sí, nuestra situación era realmente complicada.

—Bien, es todo por hoy, te pago hasta el fin de semana —dijo don Pablo, el jefe de mi hermana.

El señor siempre encargaba las llaves del local con un familiar que vivía a la vuelta de la esquina. En ese momento, mi hermana y yo salíamos de la mesa y esperábamos a Lourdes afuera, en la otra calle al lado de un árbol. Nos quedábamos ahí, hasta que cerraran por completo. De esa manera, el señor no se daba cuenta de que tenía metidas a dos niñas bajo la mesa.

—¡Por fin llegamos a la casa! —exclamaba feliz porque no era tan divertido pasar cuatro horas sentada en el piso sin juguetes, pues cuando los llevaba el tiempo se me iba volando.

—Siéntense, les voy a dar de cenar —dijo Lourdes un poco agotada.

—¡Ya llegó mamá, ahí viene! —dijo Anny viendo por la ventana.

—¿Cómo les fue? —preguntó mamá, también un poco agotada.

—Bien, me fue muy bien en la venta del pan. ¿Y a ti? —preguntó Lourdes.

—Con mucho trabajo.

—Mami, ¿terminando de cenar podemos jugar? Es que Lulú no nos dejó llevar juguetes y nos aburrimos mucho —dijo Anny.

—Claro que sí, mis niñas.

Jugar con mi madre y con Anny me hacía feliz. Mi juego favorito era cuando Anny y yo éramos las mamás de mi mamá. Me encantaba peinarla, le hacía un peinado gracioso, le agarraba un mechón de cabello de la parte superior de su cabeza. Se veía muy bonita y divertida a la vez. Me gustaba darle de comer nuestros platicillos inventados, llevarla a la escuela, dormirla junto al peluche de Anny, pero que en el juego era de mamá. En fin, mi madre también me dio una gran infancia.

Te juro que sólo quería justicia y aunque me costó mi libertad, de cierta forma, mi alma, mi cuerpo y mi mente están en paz. Fueron bastantes ocasiones en las que necesité a un padre. Y sí, sé que tú fuiste madre y padre a la vez, pero alguien me hacía falta. Me hacía falta el héroe que idealicé, el ángel que me enseñaría a volar sin importar qué tan alto estuviera el cielo. Esa figura paterna que me mostraría cómo debe de tratarme un hombre, porque si para él yo era su niña adorada, no me conformaría con menos. Pero no, no estuvo ahí. Ese héroe era en realidad el villano. Ese ser con alas no era un ángel, era un diablo, que con su maldad logró romper mis pequeñas alas. La ausencia de esa figura paterna me enseñó cómo deben tratarme los hombres y a no dejarme llevar por lo que mis ojos puedan observar más allá de mi nariz.

—Mamá, ya es tarde y papá todavía no llega
—le dije cayéndome de sueño.

—Ya duérmete, él no va a llegar —contestó con certeza.

—¿Cómo lo sabes?, ¿te lo dijo?

—Lo conozco.

—¿Y dónde se queda a dormir?

—Allá en su trabajo.

—¿Tienen camas donde él trabaja?

—Por supuesto.

—Esperaré un poco más, tal vez sí llegue.

—Hazme caso, hija. Ven, vamos a dormir.

—¿Pero por qué debe quedarse allá?

—Seguramente tiene mucho trabajo.

—Pero quiero darle el beso de las buenas noches.

—Hoy sólo me lo darás a mí.

Esa vez, me dormí con la idea de que él bajaría hasta tarde. Sentí feo porque él se quedaría en un lugar que no era su casa, con su familia. ¡Qué equivocada estaba! Claro que dormía en su casa, con su otra familia, también ahí eran cinco

hijos y su pareja. Lo más chistoso es que todos, absolutamente todos teníamos la misma edad.

—Mamá, no quiero ir a la escuela —dije apenas abrí los ojos.

—Tienes que ir. Anny también irá.

—Pero ella va al kínder, no a la primaria.

—Ya están en sus últimos días del ciclo, el próximo ella también asistirá a la primaria.

—No me importa, no quiero ir.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Eso no es una respuesta.

—Pues no quiero ir.

—Mariana, vístete que no está tu padre para defenderte. No te voy a consentir.

Tuve que arreglarme e ir a la escuela. Iba bastante enojada porque papá no había llegado a la casa y quería verlo. Dicen que no hay mal que por bien no venga, así que tomé valor y por

fin afronté la tormenta con la que había vivido durante dos años, es decir, Luis.

—Buenos días, niños. Hoy vamos a ver un nuevo tema, el cual... —Tocan la puerta.

—Adelante.

—Maestra Minerva, buenos días. Disculpe que la interrumpa, la buscan en Dirección, es importante.

—De acuerdo, gracias maestra Margarita, voy para allá.

—Vamos, que también me llaman a mí.

Cuando las maestras salieron del salón, empezaría uno de los momentos más cruciales de mi vida.

—Mariana, quita la mochila de tu lugar porque pondré ahí la mía —me dijo Luis, mi compañero de banca, el chico que me hacía bullying desde hace dos años.

—¿Y si no quiero qué? —Me opuse.

—¿Qué dijiste, niña tonta? —preguntó enojado.

—Aparte de tonto, sordo.

—¿Escuché bien? —dijo aún más enfurecido.

—No me quitaré de aquí porque es mi lugar.

—¡Te dije que te quitaras! —gritó mientras me tiraba de la silla.

—¡Quita tus cosas de mi silla! —le grité llena de cólera.

—No.

—¡Que las quites!

—No, es más, me voy a acostar —me contestó con un tono burlón y puso su cabeza en mi asiento mientras me hacía muecas.

—¡Te lo advertí! —Tomé su cabeza con mis dos pequeñas manos y la azoté contra la silla un par de veces. Todo el salón guardó silencio, puesto que llamé su atención de una manera no tan agradable.

—¡Ahora sí vas a ver!

Corrí. Me persiguió por todo el salón hasta que llegó la maestra.

—Niños, a sus lugares.

Los dos nos sentamos, yo un poco asustada y Luis algo desorientado. Todo fue muy rápido, lo que había hecho fue por impulso.

—Me dolió —dijo Luis al sobarse la cabeza.

—No me vuelvas a molestar.

Nunca supe qué tan fuerte lo pude haber lastimado, sólo era una niña, ¿qué tanta fuerza podía tener? Al día siguiente su madre entró con él a la escuela y fueron a la Dirección. Pensaba que el director iría por mí, le hablaría a mi madre y me expulsaría de la escuela, pero no. La mamá de Luis llegó al salón sola, habló con la maestra y se fue. Desde entonces jamás volví a saber de Luis.

Quizá mi límite se manifiesta muy tarde, pero cuando llega, sé que es el momento perfecto para actuar.

—Niñas, ya levántense porque hoy es domingo y vamos a ir a la plaza.

—¿Y papá? —preguntó Anny.

—No llegó anoche.

—Pero hace una semana también faltó a casa.

—Pues otra vez lo hizo. (Suena el teléfono).

—¿Bueno? —contestó mamá.

—¡Mamá, qué bueno que te encuentro! Soy Fred, ¿cómo están?

—¡Hijo, qué alegría escucharte! Todo está bien por aquí. ¿Cómo están ustedes?

—Bien, bien. Hace unos días Obad les marcó, pero no te encontró. Te quería avisar que ya te habíamos depositado. Creo que las cosas no andan bien con Anny.

—Sí, me comentó tu hermana Lourdes. Es complicado.

—¿Cómo va con las citas al doctor?

—No hay buenas noticias, el doctor me dijo que aunque tu hermana se está alimentando

mejor, no retiene los alimentos. Hay algo en su estómago que no se deja ver.

—¿Y qué podría ser?

—El doctor me mandó con un pediatra para que le haga los estudios necesarios, pero tu padre no está y no hay quien me apoye.

—¿Y por qué no lo dejas de una buena vez, mamá? Él no te apoya en nada.

—No es fácil, hijo. (Comienza a llorar).

—Pero si no te ayuda, ¿para qué lo tienes viviendo contigo? Pásamelo.

—Otra vez no llegó a casa.

—Lo que faltaba. Mamá, dentro de tres días te vuelvo a depositar, ¿está bien?

—Gracias, hijo. Dios te bendiga. (Colgó el teléfono).

—¡Ya déjalo! —dijo Lourdes.

—Sé que no siempre está aquí, pero dime, ¿a dónde voy con tres hijas si no tengo el dinero suficiente para pagar una renta más barata, o

cubrir el costo de la escuela de las tres, alimentarlas, vestirlas...? ¿A dónde, Lourdes?

—Mis hermanos te ayudan, tú trabajas, yo trabajo. Sí se puede.

—Tú no ves los gastos que hay, y más porque Anny está enferma. Tal vez tu padre no me da mucho dinero, pero es algo.

—¡Bah! Sigo sin entender por qué estás con él.

He pensado que dejar ir a alguien no es tan fácil como parece y menos cuando la felicidad de otras personas está en tus manos. A estas alturas de mi vida sigo sin entender del todo por qué mi madre permitió tantas cosas, dejó su orgullo y dignidad para poner en primer lugar nuestro bienestar, pues sus hijos mayores ya sabían toda la verdad. Una vez mi psicóloga me dijo que no me corresponde exigir a mi madre esas respuestas. Lo único que debo saber es que el amor de una madre puede con todo, incluso

está más allá su propia vida, con tal de conseguir el bien de sus hijos. Eso fue lo que ella hizo.

No me importa si fuimos la casa grande o la casa chica. No me importa saber por qué dejaste que alguien te lastimara tanto. Tampoco me importa saber cuán poco te querías para vivir durante 27 años con alguien que evidentemente no te amaba. Nada de eso me interesa ahora, porque nunca estuve en tus zapatos, no supe con cuánta tristeza vivías la certidumbre de que mañana todo mejoraría, porque yo no tuve hijos y no sé lo grandioso o espantoso que puede llegar a ser que alguien te diga “mamá”.

Más allá de agradecer el enorme sacrificio que hiciste por mis hermanos y por mí, quiero pedirte mil veces perdón. Perdón porque fui la hija rebelde, la que te gritaba cuando no lo merecías. Perdón por haberte echado la culpa por mi profunda soledad durante un tiempo. Te juzgué porque te

armaste de valor y dejaste a papá, sin saber que me estabas haciendo un gran favor. Perdón por exigirte la verdad cuando tu único fin era protegerme del odio y del rencor. Siento mucho lo malo que, en general, llegué a causarte. Me disculpo por no ser la hija perfecta; a pesar de todo te amo y te amaré hasta el último día de mi vida. Estoy feliz de que hayas sido tú la mamá que Dios me envió, porque eres una guerrera, una mujer que nunca se rinde. Y aunque se cierre una puerta tú siempre abrirás una ventana, porque eres el ejemplo perfecto de una emprendedora, de un ser que es capaz de curar las alas rotas de los demás sin importar qué tan dañadas estén. ¡Eres increíble!

Por último, te quiero pedir dos favores: el primero, pase lo que pase y sin importar tu edad, ama a tu nueva pareja y entrégate con intensidad, que en él encuentres el verdadero amor, porque sé que él te ama de verdad, porque tú eres la pieza de su rompecabezas que le hacía falta para tenerlo

todo. No sabes la bendición que es amar a alguien y ser bien correspondida. De verdad deseo que te encuentres muy pero muy feliz. El segundo favor es que no llores porque estoy en prisión, créeme, nunca me había sentido mejor; después de mucho tiempo por fin encontré lo que tanto busqué: sanar.

Atte. Mariana



Capitulo 2



¿Lourdes? Hermana, qué pena que estés leyendo esta carta, me hubiera gustado no escribirla, pero si no lo hacía, tal vez jamás llegarías a comprenderme y no sé si después de que termines de leerla logre mi objetivo.

¿Sabes?, tú has sido un gran ejemplo para mí, siempre he estado orgullosa de la mujer que eres, de tu ambición por aprender y saber más, porque constantemente te vi con tus libros, con todas esas energías; todo el tiempo estás haciendo algo. Me asombran tus ganas de comerte al mundo; me asombra ver cómo has logrado mantener y educar a tu hijo Baldo, tú sola. Con tu inteligencia lograste tener dos carreras universitarias, supiste salir de ese matrimonio que no te hacía nada feliz, pero me entristece que hayas repetido la historia de mamá...

—Feliz cumpleaños, mamá. Sabes que te amo y que te deseo muchas bendiciones en tu vida. Te compré una camisa, espero que te guste.

—Gracias, Lourdes. ¿Qué haría sin ti?

—Mira mamá, te dibujé una rosa por tu cumpleaños —le dije con una sonrisa de oreja a oreja.

—Yo también te dibujé una rosa, mamá —contestó Anny luego de que yo terminara de darle su dibujo a mamá. (Suena el timbre).

—Yo voy —dijo Lourdes con impaciencia.

—Gracias, mis hijas bonitas, están muy padres sus dibujos.

—Mara, feliz cumpleaños. —Era papá entrando por la puerta con un enorme pastel de chocolate y un gran ramo de rosas. Recuerdo que era uno de los detalles más bonitos que solía tener con mamá. Él también salía con ella en plan romántico cada San Valentín. Teníamos algunos viajes familiares, visitábamos lugares cuyos nombres no recuerdo; algunas ocasiones íbamos a las luchas, a bailar en el centro de alguna ciudad pequeña, a comer tacos.

Estuvimos en tantos lados que esto me hacía ver lo grande que era el mundo y lo chiquita e insignificante que era yo para éste.

Sé que no todo fue malo, que también tuvo su lado bueno, pero no sé con qué intenciones, no sé si todo eso era para pedir perdón o para calmar la tormenta que llevaba en su cabeza, pero lo hacía, siempre lo hacía.

—Feliz cumpleaños, Mariana.

—¡Gracias, mamá! ¡Hoy cumpla 10 años!

—¿Qué vas a querer que te compremos?

—No sé, pizza.

—¿Segura que no quieres pastel?

—O mejor le compramos pastel y pizza, ¿qué les parece? —dijo papá emocionado.

—¡Sí, qué buena idea! —respondí saltando de felicidad.

—Bien, en un rato iremos a comprarla —dijo papá.

—Mamá, ¿puedo salir a jugar con Cristina?

—Sí, anda ve.

—¡Anny, vamos a jugar con Cristina, corre!

—Pónganse un suéter, está haciendo frío —nos gritó mamá cuando salíamos de casa.

—Lourdes, ya regresamos, te encargo a las niñas, tu padre y yo iremos a comprar las cosas para festejar a tu hermana —dijo mamá mientras se abrigaba para salir.

—Sí, desde aquí las veo.

—¿Qué estás leyendo?

—Nada en especial, estoy estudiando porque mañana tengo un examen y lo quiero pasar con la mejor nota de la clase.

—Tú siempre estudiando, no por nada eres de la escolta, hija.

—Tengo qué. Sueño con tener un buen trabajo, mi propia casa y salir a explorar el mundo.

—¡Ay, hija!, a veces sueñas muy alto, pero está bien. Lo lograrás —comentó tras cerrar la puerta.

—Lulú, ¿podemos sacar la moto para ir a jugar?

—Está bien, pero un rato nada más.

Siempre que salíamos a jugar con Cristina, que era la mejor amiga de Anny y mía, la pasábamos bastante bien, era divertido, más porque teníamos una moto, que se cargaba con batería, a veces echábamos carreritas con ella y los triciclos, porque eso sí, teníamos muchísimos juguetes.

Cuando mamá y papá no estaban, ya sabíamos que la autoridad era mi hermana Lourdes. Entre semana estábamos con ella y los fines con mis padres, porque ambos trabajaban. Ella nos peinaba, nos daba de comer, nos bañaba, nos llevaba a su trabajo, lavaba nuestra ropa, hacía las labores del hogar, nos sacaba a jugar; en fin, desempeñó más el rol de una madre que de hermana. Anny y yo la consideramos como una segunda mamá.

—Anny, Mariana, por favor, no digan que tengo la luz prendida, necesito acabar mi tarea.

—Pero ya es de noche, mejor duérmete —dijo Anny.

—No puedo, esta tarea es para mañana.

—Está bien. Pero no te tardes porque la luz nos lastima y no nos deja dormir —contesté.

—Prometo no tardarme.

—¡Apaga esa luz, Lourdes! —gritó papá afuera de la recámara que compartíamos.

—Ahorita la apago.

—¡Pero ya!

—¡Ya te dije que ahorita! —contestó enojada Lourdes.

—A mí no me grites, abre esa puerta.

—Ya te dije que ahorita la apago.

—¡Que abras, te estoy diciendo!

—¿Qué pasa, por qué tanto grito? —preguntó mamá.

—Pues tu hija que no me obedece.

—Ya, ya te dije entonces —replicó Lourdes.

—Mira Mara, no toleraré una actitud así.

—Ya basta los dos. Lourdes, ¿por qué no apagas la luz? —preguntó mamá.

—Porque en el día no me da tiempo terminar todas mis tareas por estar al pendiente de las niñas y es para mañana.

—De acuerdo, no tardes. Ven Héctor, vamos a dormir —dijo mamá dando por terminada la discusión.

Lourdes y papá tenían regularmente problemas. ¿Por qué? No sé. De hecho sigue siendo un misterio. Incluso había días en los que no se hablaban y cada vez que lo hacían era sólo para pelear.

—Mamá, ¿ya te vas a dormir? —preguntó Lourdes.

—Sí, ya, ¿por qué?

—Héctor no ha llegado y necesito cerrar todo.

—No creo que llegue.

—Pero ya son tres días consecutivos que no pone un pie en esta casa.

—Ya duérmete.

—Está bien —contestó Lourdes acomodándose en su cama; en ese momento sonó el timbre.

—Baja a abrir, Lulú —dijo mamá.

—No, yo no. Si quieres que entre a la casa, baja tú.

—Lulú, ve a abrirle a tu padre —replicó mamá.

—No, ya te dije que no voy a bajar. (Vuelve a sonar el timbre varias veces).

—¡Mara, soy Héctor, ábreme! ¡Mara! —gritaba papá desde afuera del edificio.

—Vayan a abrirle a papá o si no bajaré yo —contesté con tristeza.

—Mariana, no te vayas a parar. Baja tú Lourdes.

—Ya voy.

—Papá, papá, ya llegó papá —dije mientras me levantaba de la cama con la misma emoción que siente un niño cuando tiene un juguete nuevo. Ansiosa por verlo y estar con él, los días parecían no tener sentido porque no dejaba de pensar en dónde había estado.

—¿Pero qué te pasó, papá? —pregunté al verlo manchada de sangre casi toda su ropa, estaba vendado de la cabeza y con el ojo morado e hinchado. Parecía que le habían dado la golpiza de su vida.

—Nada, mi chinita —contestó papá, pero sin verme a la cara.

—Despertaré a mamá.

—No, déjala que se duerma.

—¿Qué te pasó.

—Nada, sólo que me asaltaron —contestó viéndome a los ojos.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo?

—Sí, nada grave, ve a dormir. —Obedecí. Me fui corriendo a despertar a mi madre para que fuera a verlo, pero no lo hizo.

—Mamá, mamá, levántate, a papá lo asaltaron y viene muy mal.

—¡Ah, sí! Déjalo. Ya ahorita viene —contestó mi madre con indiferencia. Ni siquiera se movió de la cama.

—Yo lo ayudo. —Pensé. Cuando fui de regreso a la cocina, papá ya estaba acostado en tres sillas y la luz estaba apagada. Entendí que mis padres estaban enojados y que no era buen momento para preguntar por qué. Hace algunos años supe que en realidad no lo asaltaron, sino que le habían pegado por meterse en problemas, gracias a una de sus adicciones: apostar todo lo que ganaba, el dinero que le daba a mi madre para que nos alimentara y vistiera, o quizá para completar lo del pago de la renta del departamento donde vivíamos, o de una colegiatura.

Era el dinero que nos quitaba sólo para saciar su adicción.

...y jurabas que no tendrías a alguien así como pareja, ya bien dicen que el futuro tiene una extraña forma de partirse por la mitad. ¡Qué curiosa es la vida!, a pesar de todas las disputas que había entre papá y tú, terminó por hundirte más a ti que a mí su partida. Da lo mismo si tuvimos una buena o mala relación con él, al final es nuestro padre.

Me impactó cómo hacías un mar de lágrimas cada 25 de febrero, no aprendiste la sutil diferencia entre sostener una mano y encadenar un alma, porque la tuya (creo) sigue encadenada. No esperes a que él te traiga flores para ordenar ese jardín llamado corazón. Alguien que te da compañía y de repente se va por ahí, no te da seguridad. Sé que papá no estuvo en tu camino ni en tu graduación de preparatoria o universidad ni el día del bautismo de Baldo, tampoco cuando recibiste esa base laboral

por la que tanto luchaste, pero si ves el otro lado de la moneda, nuestro padre te enseñó a ser fuerte y a que nadie puede limitar lo que eres, o no, capaz de hacer.

Sé que muchas veces le dijiste a mamá que lo dejara, que no entendías por qué seguía con alguien como él, y la vida o tus malas decisiones se encargaron de darte las respuestas.

—Lourdes, me siento mal —manifestó mamá con desgaste.

—¿Qué tienes, mamá?

—No sé, pero me duele horrible el vientre. El dolor es insoportable.

—Ayúdame a pararte, te voy a llevar al hospital.

Y fue ahí el comienzo de una nueva etapa, la etapa en la que todo se iría al carajo. Mamá estaba toda sangrada, ni siquiera se podía parar del dolor. Cuando Lourdes logró levantarla, ella

se soltó a llorar. La sábana estaba llena de sangre. Era increíble ver cómo una jovencita podía ingeniárselas para saber qué hacer, a dónde ir y qué decir para que su madre pudiera ser atendida de inmediato.

—¿Qué tiene mi madre, doctor? —preguntó Lourdes con lágrimas rodando sobre sus mejillas.

—Lo siento, pero tu madre está en un estado crítico, tenemos que operarla de emergencia.

—¿Por qué?, ¿qué le ocurre?

—No se controló la infección de transmisión sexual que contrajo, necesitamos extirpar la matriz para que la infección no le cause mayor daño.

Lourdes quedó atónita al escuchar esa noticia.

¿Infección de transmisión sexual? Sí. Era nada más y nada menos que el virus del papiloma humano. Son varios virus relacionados entre sí que pueden causar verrugas en diferentes partes del cuerpo, existen muchas sepas, un porcentaje de ellas afecta los genitales, el ano,

la boca o la garganta. Cuando una infección de este tipo dura por muchos años sin tratarse, provoca cambios en las células las cuales pueden desarrollar algún tipo de cáncer.

Lo más cruel es que mamá ni siquiera sabía que estaba infectada. No tiene nombre darse cuenta de que tienen que quitar una parte de tu cuerpo por culpa de tu pareja.

En ese tiempo yo era muy inocente. Cuando pregunté por qué tuvieron que operarla, me respondieron que estaba muy enferma del estómago, tanto que debía usar pañales de adulto porque (el sangrado era demasiado fuerte como para usar una toalla sanitaria) se hacía del baño y con la operación podría volver a la normalidad. Cabe mencionar que la operación la tuvieron que pagar mis hermanos Obad y Fred porque Héctor no se apareció por varios días en la casa, como era su costumbre.

—Mamá, ya me están pidiendo la cooperación para mi salida de sexto de primaria —le comenté.

—Dile a tu padre cuando llegue.

—¿Crees que siga trabajando? Ya son varios días que no sabemos de él y ni siquiera tenemos el número telefónico de su trabajo para marcarle. Él dijo que me compraría mi vestido y mis zapatos.

—Esperemos que llegue pronto. (Suena el timbre).

—¡Yo voy! —grité con emoción.

—¡Papá, por fin llegas, te extrañé tanto!
—manifesté mientras lo abrazaba.

—Mi chinita, yo también te extrañé.

—Oye, tú dijiste que me comprarías mi vestido y mis zapatos para mi salida, ¿sí me los vas a comprar?

—Pero claro que sí. Es más, vamos hoy al centro de la ciudad para comprarlo, pero antes, vamos a subir, que ya quiero ver a tu mamá.

—Sí, está muy mal después de su operación.

—¿Operación? —preguntó al entrar a la recámara.

—Hija, ve a ver a Anny que está en la azo-
tea, no se vaya a caer —me ordenó mamá desde
su cama.

—Está bien. Cerré la puerta y obedecí.
Cuando iba de salida sonó el teléfono.

—Hola —contesté con seriedad.

—¿Mariana? Soy Obad, pásame a mi mamá,
es urgente.

Sabía que mis padres se estaban peleando
aunque no entendía por qué. Era incómodo ha-
blarles cuando ellos discutían, así que le mentí
a mi hermano.

—No está.

—¿Cómo que no está? Recién la operaron.

—Creo que fue al doctor con Lourdes.

—Está bien, no tengo mucho tiempo. Dile

que a Fred lo detuvo la migra y que lo más probable es que lo regresen para México.

—Sí, yo le digo. (Colgó).

—¿Con quién hablabas, Mariana? —preguntó Lourdes con inquietud.

—Era Obad.

—¿Por qué no le pasaste la llamada a mamá?

—Porque está discutiendo con papá en su recámara.

—¿Ya llegó Héctor? —preguntó con enfado.

—Sí, hace unos minutos.

—No puede ser. ¿Dónde está Anny?

—En la azotea, mamá me dijo que fuera a verla.

—Vamos, yo te acompaño.

Pasó la tarde y estuvimos jugando las tres en la azotea, nos divertimos tanto que a Lulú se le olvidó preguntar para qué había marcado Obad. Cuando escuché que azotaron la puerta principal del edificio, vi salir a papá.

—Papá, ¿a dónde vas? —le grité desde la azotea del edificio.

—Luego regreso, chinita. —Se fue sin decir más.

—¡Papá! —grité.

Bajé corriendo para tratar de alcanzarlo, pero fue inútil. Al día siguiente volvió para llevarme a comprar mi vestido y mis zapatos. Fue grandioso verlo regresar y más porque fue la primera (y última) vez que salimos a comprar los dos juntos.

—Bien, ya llegamos. Métete, yo me tengo que regresar a trabajar —comentó papá con nostalgia.

—Pero Anny también quiere verte —repliqué.

—Ya será para la próxima.

—¿Y mamá?

—También la veré después, no te preocupes.

—¿Vendrás para mi salida? Porque dudo que mamá pueda asistir.

—Ya sabes que sí, ahí estaré.

—No se te vaya a olvidar, faltan pocos días.

—Entendido y anotado.

Cuando entré a casa mamá estaba llorando.

—¿Por qué lloras, mamá?

—¿Por qué no me dijiste que a Fred lo deportaron?

—Lo siento, lo olvidé.

—Marcó hace unos instantes tu hermano y me dijo que necesita que alguien vaya por él.

—Puede ir papá.

—Yo creo que sí —respondió mamá con resignación. Era obvio que mis padres se habían separado y para mi madre tener cualquier contacto con él no era de su agrado.

Llegó el día en que, después de mucho tiempo, vi a mi hermano Fred. Como lo había imaginado, mi madre no pudo ir a mi salida por las condiciones en las que estaba. Recuerdo que Lulú y Anny se quedaron con ella para cuidarla.

Mi papá y Fred fueron a la ceremonia para ver mi vals y la entrega de documentos.

Después de unos días, mis padres hablaron y regresaron. Papá se quedó de nuevo en la casa y todo parecía marchar bien, hasta que él volvió a hacer una de las suyas, no regresó a casa por una semana aproximadamente. Y cuando por fin lo hizo, dijo que lo habían asaltado de nuevo, cuando era evidente que volvió a apostar. Pero yo no lograba verlo, no sé si el amor que le tenía era tan ciego o fiel que no diferenciaba cuando me mentía, incluso viéndome a los ojos.

—Ya me tiene harta. Ahora sí ya al carajo todo —comentó mamá apenas levantándose de la cama.

—Mamá, si quieres yo bajo a abrir, no te pares —replicó Lourdes.

—No, yo bajo. Ya es de madrugada y ahora aparece —contestó llena de coraje.

—Madre, ve cómo estás, no puedes pararte, es por tu bien.

—Que no, Lourdes.

Se levantó de la cama con cólera, tanta que no recuerdo haberla visto así antes. Se fue a la cocina, tomó las llaves de la recámara en la que dormíamos mis hermanas y yo y nos encerró. Cuando abrió la puerta del departamento, papá ya estaba ahí, alguien le había abierto la entrada del edificio. Comenzaron a discutir tan fuerte que al escucharlos me dolía el pecho. En ese momento todas mis ilusiones se rompían y se iban por un borde, un borde que parecía un abismo que no tenía fin. Me asomé por la ventana que daba a la puerta del departamento y nada más veía la silueta de papá reflejarse, sabía que en cualquier momento se iría porque mamá lo corría mientras le hablaba con palabras altisonantes. No quería que se fuera, no otra vez. Intenté abrir la puerta del cuarto, pero fue un fracaso. Cuando volví a

la ventana dejé de escuchar voces, de repente todo se silenció. Lourdes me decía que me tranquilizara, que todo estaría bien. Anny, mi pequeña hermana, lloraba, no sabía qué estaba ocurriendo. Sólo escuchaba a Lourdes hablar mientras yo seguía en la ventana viendo en qué momento papá saldría por esa puerta. De pronto mamá entró a la recámara y como no vi salir a papá del departamento, pensé que él se había metido a su cuarto. Fui corriendo a verlo, pero sólo estaba Fred sentado en la cama. Corrí a la cocina, al comedor, al baño y nada. Regresé con Fred y le pregunté por papá y sólo se encogió de hombros; en ese instante mi mirada se dirigió al ropero de papá, lo abrí y ya no había nada, no estaba ni su ropa ni sus zapatos. Era todo, se había marchado. Me quedé anonadada. Comenzó el llanto más amargo de mi vida. Fred me abrazaba y trataba de tranquilizarme, pero nada podría consolarme, absolutamente nada. Esa noche me mató.

Pero dime, ¿cómo lograste salir adelante a pesar de las heridas? alguna vez escuché que cuando alguien se va sin despedirse no se va del todo y es cierto. No se fue porque tenía que terminar esa despedida que logró romperme. Tal vez pensarás que estoy loca por haberlo matado de la forma en que lo hice y quizá tengas razón; sin embargo, yo necesitaba justicia, así como otros necesitan alcohol o drogas para sentirse vivos. Y tenía que sentirme viva. El odio me protegía de volver a confiar en él, el rencor me ayudaba a no bajar la guardia, el enojo me daba fuerza para no retractarme, la soledad, mi mejor consejera, y el rey de mis defectos: el orgullo. Este último me enseñó a quererme y hacer pagar a la gente que hizo daño de la misma o de mejor forma en la que me hicieron pedazos a mí.

Sentir su último respiro, mientras me suplicaba que lo soltara, eso calmó a todos mis demonios. Y como dijo uno de mis amigos asesinos: ¿qué significa una persona menos en la faz del planeta? Y

mucho menos un señor que ni padre, hermano o buen hijo fue. Un ser tan miserable, una basura. Hermana, créeme, le hice un favor al mundo al deshacerme de él, sobre todo a ustedes, mi familia. Se acabó el sufrimiento, se terminó todo el daño que pudo haber causado, culminaron todas esas lágrimas que derramábamos por él.

Lo siento, pero tenía que hacerlo. No soportaba la idea de saber que yo era hija de un ninfómano, drogadicto, alcohólico, mentiroso, delincuente y todos los adjetivos que me faltan, esos que tú y yo sabemos de él. No podía vivir con ese estigma por el resto de mi vida.

Quiero pedirte perdón, no por haberlo matado, pues no me arrepiento, sino por convertirme en una delincuente, que está en discrepancia con su juez: si soy una asesina o una víctima.

Pase lo que pase conmigo, siempre diré que fue un acto de amor hacia ustedes.

Atte. Mariana

Pasaron los años y todos intentamos hacer nuevas vidas, en el transcurso de este tiempo sucedieron muchas cosas. Una de ellas fue que Obad tuvo que regresar a México por cuestiones de salud muy fuertes, la verdad no recuerdo con exactitud qué era lo que tenía porque mi mente estaba en otra cosa, la venganza. No podría explicar cuál fue el motivo preciso para tomar la decisión y hacerla realidad, no sé si fue que por culpa de mi padre mis hermanos mayores (Obad y Fred) se iniciaron en sus peores vicios: las drogas, desde la adolescencia ya las ingerían, eran especialmente adictos a la marihuana. O la razón tal vez fue que mi hermana Lourdes se había hundido en la soledad y depresión porque le hacía falta alguien y desde entonces no volvió a ser la misma. Puede ser que el motivo era que mi hermanita Anny cambió de actitud, se convirtió en una chica cero expresiva y demasiado reservada. Quizá fue ese sentimiento que me

causó al saber que mamá fue contagiada de VIH sin siquiera ella saberlo. No sé, lo más seguro es que no hay uno en especial, es sólo que yo siempre defenderé a los míos.

78

Cumplí dieciocho años, logré ingresar a una de las mejores universidades del país, quedé seleccionada para estudiar medicina. Mi plan no era especializarme en alguna rama que implicara trabajar en un hospital común, curando gente físicamente enferma, sino en un hospital especializado donde se pudiera hablar de una realidad retorcida y emocionalmente enferma, donde se puedan generar debates y se tenga que lidiar con el funcionamiento mental y por lo tanto con la capacidad de tomar decisiones “libres y responsables”.

Mi interés estaba enfocado en la psiquiatría, en conocer cómo funcionaba la mente humana y el porqué de las cosas, para así encontrar la excusa perfecta. Terminé la carrera en 10 años

con todo y la especialidad; gracias a mis prácticas profesionales, mi trabajo y mi esfuerzo pude encontrar mi primer y último empleo en uno de los mejores hospitales ubicado en España, Ciudad Froy, Centro Psiquiátrico.

Conforme atendía a pacientes con ciertas patologías y psicopatologías me di cuenta del impacto que puede llegar a causar una emoción o sentimiento. He aquí que a mis 33 años comencé a planear con detalle el asesinato de mi padre. Era una locura, porque puedo entender que alguien carente de amor, con una vida en un ambiente adverso y falta de expectativas llegue a cometer algo brutal; sin embargo, yo lo tuve todo, pero el éxito no siempre fue completo y menos mi felicidad.

Muchas veces sentí un hueco en el pecho a través del cual se escapaba mi fe y las ganas de vivir. El pasado era tan insoportable que en algún lugar dentro de mí siempre había sollo-

zos y gritos en silencio, no frenaba la aflicción por una ausencia que me destrozaba conforme las manecillas del reloj avanzaban, pero lo hice, lo maté y sé que tendrá un gran final aunque las consecuencias me encadenen hasta el día de mi muerte.



Capítulo 3



Anny, mi pequeña Anny, la vida corre tan rápido que no sé en qué momento creciste tanto, cuándo llegaste a ser mejor que yo en todos los sentidos. Ni siquiera me di cuenta de lo maravilloso que fue Dios porque ni tú ni yo elegimos ser hermanas, compartir la casa, los hermanos y los padres. Es inexplicable cómo llegamos a conocernos una a la otra, codificar cada facción, saber cuándo hay una nueva arruga sobre nuestro cuerpo o poder entender qué está pasando por la mente de la otra antes de que se exprese, ese amor de hermanas tan extraño que tú y yo nos tenemos. Sé que tú no eres de muchas palabras y que te aburren los textos largos, pero tendrás que leer esta carta, puesto que me siento con la necesidad de darte una explicación de uno de los dolores más grandes que te puede causar alguien: un asesinato.

Nunca había pasado tanto tiempo conmigo misma antes de estar tras las rejas. Pensar que

me hice un “bien” no me pesa tanto como la condena que la jueza ha ordenado. Todo este tiempo me ha servido para reflexionar y pensar en qué momento no estuve en mis cinco sentidos como para hacer esto. Creí que eso sólo pasaba en las películas, aquellas donde los psicópatas o sociópatas andan sueltos por ahí tratando de sobrevivir con lo malo que les ha pasado en la vida, esas películas que te dejan un tanto intrigada, un tanto rota.

Planear un asesinato no es tan difícil para alguien que necesita justicia. Pueden pasar días, semanas e incluso meses para preparar un crimen. No quise dar paso atrás, elegí como primera opción una pistola, puede que esto sea algo totalmente arcaico, pero dicha arma tiene un significado especial para mí. Tal vez sea un arma cualquiera, pero no será lo mismo con la muerte.

Me la pasaba todo el tiempo pensando qué iba a hacer exactamente, porque no quería que

sucediera tan rápido, más bien, lento y crudo, de tal manera que antes de llegar a su hora final, ya hubiera sufrido bastante como para que él deseara la muerte de una vez por todas. Sinceramente, el imaginarme disparando un arma me era imposible. Si lo hiciera me sentiría cobarde. Así que él tendría que hacerlo. Hacer creer a la policía que fue un suicidio y no un asesinato me ahorraría tiempo en lo que se investigaba a fondo la situación, pero me equivoqué.

—Mariana, tienes visita —comentó una de las guardias que vigilaba a las reclusas.

—¿De verdad? ¡Ya era hora! —comenté mientras abrían la reja de mi celda para llevarme a la sala de visitas.

—Buenas tardes, Mariana. Disculpa que no haya venido antes, pero este es un caso bastante complicado —expresó mi abogado, mientras se sentaba.

Era un tipo alto, aproximadamente de 1.80 metros, de tez blanca, con un cuerpo un tanto grueso y ojos grandes. Tenía cabello liso color castaño, usaba lentes, era bastante profesional, siempre estaba al pendiente de mí.

—¿Complicado por qué, Román? —contesté afligida, tras sentarme en la silla que estaba frente a él.

—Todo depende de la jueza, lo más probable es que te trasladen a un centro psiquiátrico.

—Eso no contesta mi pregunta.

—Mariana, se comprobó que tú lo mataste.

—Pero él se disparó en la cabeza.

—Existe evidencia de los hechos.

—¿Evidencia? ¡Por favor, no había nadie ni nada fuera de lo común cuando todo esto pasó!

—Tú sabes que lo mataste.

—Esto no puede estar pasando. Todo lo calculé perfectamente bien.

—Ya ves que no.

—¡Bien, soy historia!

—Mañana iré a los juzgados. Espero tener una respuesta para que confirmen el día de tu juicio.

—¿Todavía tengo ese derecho?

—Mientras no haya traslado, todo es posible —replicó tras darme la mano en forma de despedida.

Tenía un presentimiento. Cuando regresé a la celda, mi compañera estaba sentada en mi cama, esperando para darme una pequeña sorpresa.

—¿Qué pasó, mi güera, ya te dieron fecha de salida? —preguntó la mujer de aspecto atemorizante. Ella era negra, alta, pasada de peso y con cara de pocos amigos; no tenía cabello, estaba rapada, una gran cicatriz por quemadura de tercer grado le atravesaba el cráneo. No sabía cuál era su nombre, todo mundo la llamaba Tina. No era agradable.

—Déjame en paz —repliqué a la vez que la ignoraba.

—No te enojas conmigo, ¿O qué, vas a provocar que me suicide también? Digo, matar a tu propio padre es de monstruos —dijo en tono de burla.

—Pues tú no estás aquí por santa.

—Eso es evidente. Pero no sé qué es peor, si matar a alguien de tu familia o asaltar bancos.

—A mí no me engañas, he escuchado lo que dicen de ti. Somos igualitas, a diferencia de que tú estabas involucrada con trata de blancas y matabas a las chicas que según tú no servían, porque las preferían niñas. Ellas no tenían la culpa de crecer. Era gente inocente.

—Pero se entiende, yo soy analfabeta, ni siquiera terminé la secundaria, pero ¿tú?, tú hasta con doctorado y toda la cosa —contestó tras soltar una carcajada.

—Me das asco, maldita pedófila.

—Y tú a mí, maldita asesina.

—¿Querer hacerme sentir inferior le da sentido a tu miserable vida?

—¿Sabes qué le da sentido a mi vida?

—No me interesa —repliqué al mismo tiempo que me volteaba hacia las rejas.

—Bien —manifestó.

Sacó un puñal y sin pensarlo me lo clavó en la espalda. Apenas pude gritar.

—Quiero que te quede claro quién manda aquí, güerita.

—Maldita...

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero al despertar estaba vendada la parte donde fui lesionada. Me encontraba en la enfermería de la prisión.

—¿Cómo te sientes? —preguntó el doctor con un poco de sentimiento. A decir verdad me sorprendió el tono de su voz. Me quedé

mirándolo fijamente y no podía creer lo que estaba viendo, lo sorprendente que puede ser el mundo; un pañuelo tan pequeño que sin importar qué tan lejos estén separadas las esquinas, siempre se unen. Él es un hombre adulto, un par de años más grande que yo, de cabello rizado color negro oscuro, alto y delgado, de piel clara, ojos color miel, la nariz y los labios finos. Al parecer su forma de vestir era demasiado casual, lo pude notar sin importar que trajera puesta su bata. Nunca entendí la genética del todo, era sorprendente el parecido físico que tenía aquel doctor con mi padre, bien dicen que la sangre llama...

—¿Qué me pasó? —contesté tras unos segundos.

—¿No lo recuerdas?

—No. —Mentí.

—Tu compañera de celda te apuñaló por la espalda, pero tranquila, ya estás mejor.

—¿Cómo te llamas?

—Sabes que no puedo entablar conversaciones con las reclusas más allá de lo laboral
—replicó a la vez que agachaba la cabeza.

—No te pregunté nada fuera de lo establecido. Quiero saber quién me salvó la vida.

—¿Psiquiatra, cierto?

—Bien, sabes quién soy.

—Sé todo de ti.

—¿Quién eres? ¿Irvin o Carlos?

—¿Eso importa?

—Irvin. Carlos es el mayor de tus hermanos.

—De nuestros hermanos, querrás decir
—respondió con enojo.

—Tardé en aceptar que tú y tus hermanos fueron víctimas, al igual que mis hermanos y yo. No tienes por qué estar molesto, no tuvimos la culpa de nada.

—¿Cómo no estarlo, mataste a nuestro padre, Mariana! —dijo alzando la voz.

—¿Ahora sí quieres entablar una conversación conmigo más allá de lo laboral? —pregunté mientras me paraba de la camilla en la que estaba recostada.

—¿Por qué lo hiciste? —dijo mientras lágrimas salían de sus ojos.

—Te hice un favor.

—¿A mí o a tu maldito odio y rencor?

—A todos.

—No generalices, por favor.

—¿Lo querías a pesar de todo?

—No te proyectes, no todos somos como tú.

—A ti no te abandonó.

—Te equivocas.

—¿Por Dios, creciste con él!

—Digamos que en la niñez me dejó por estar contigo, tu madre y tus hermanos.

—A mí me dejó desde la adolescencia hasta este punto de mi vida por estar contigo, tu madre y tus hermanos.

—Vete, la guardia está afuera esperándote —replicó tras secarse las lágrimas.

—¿Irónico, no? Yo mato a tu padre y tú me salvas la vida —respondí a la vez que salía de la enfermería.

Jamás creí encontrar a uno de mis medio hermanos en la prisión y menos como mi doctor. Muchas veces imaginé este encuentro, pero no así. Pensaba que cuando esto sucediera lo iba a abrazar, porque más allá de tener el mismo padre, compartíamos igual dolor, el dolor de tener a alguien que incluso estando presente nunca estaba.

Irvin tenía más o menos mi edad, sólo que él nació primero. Era curioso que con aquella mujer, Silvia, la madre de Irvin, también haya tenido cinco hijos. Lo más gracioso es el árbol

genealógico de Héctor, algo deforme, ya que no logro dibujarlo del todo bien. Su primer hijo llamado Carlos fue con Silvia, después su segundo hijo fue mi hermano Obad; el tercero fue Óscar; el cuarto fue mi hermano Fred; el quinto era Aarón; el sexto fue su primera hija, mi hermana Lourdes; el séptimo, mi salvavidas, Irvin; el octavo fui yo; el noveno, Marco y su última hija fue mi hermana Anny.

No diré que me arrepiento, pero sí me duele el sufrimiento por el cual estás pasando. Quisiera aliviar tu dolor, sin embargo, me llena de impotencia porque no puedo hacer nada al respecto, lo único que me queda es este escrito.

Reconozco que fallé, que a lo mejor fue uno de los errores más grandes de mi vida y aunque me es difícil acercarme a ti nada ha cambiado. Ojalá me dieras la oportunidad, espero que sientas un poco de empatía por mí. Tal vez pensarás que fui

egoísta por no considerar el efecto que esto podría causar en los demás. Agradezco que a pesar de todo no me juzgas. Lo sé porque te conozco. Siempre has sido demasiado madura y no mezclas emociones con sentimientos, tienes sincronía con tus palabras y tus hechos, es algo que siempre he admirado de ti.

A mamá y a nuestros hermanos les pedía perdón por lo que hice, pero a ti te pido perdón por no ser una guía en tu camino, porque siempre fui rebelde y un mal ejemplo. ¿Sabes? Yo quise lo mejor para ti, aunque nunca te di consejos relevantes pues no los necesitabas. Sin embargo, estuve pendiente de ti, te vi crecer y convertirte en alguien mejor que yo, vi con alegría cómo llegaste a ser la mujer que hoy eres. Te pido perdón por ese dolor que está en un lugar oculto, pero que todos tenemos. Contigo no necesito máscaras, siempre supiste que algún día lo iba a hacer, así me costara la vida.

—Ya regresaste, mi güera —comentó Tina, con una sonrisa fingida de oreja a oreja.

—No quiero problemas contigo ni con nadie.

—Entonces, harás lo que yo te diga.

—¿Cuánto dinero quieres para que me dejes en paz?

—No me interesa tu dinero, date a la idea de que no saldremos de aquí jamás. Lo que necesito es una esclava porque me canso demasiado rápido. Aquí es un lugar bastante estresante —contestó con la misma sonrisa con la que me recibió.

—Ya basta, no caeré en tus juegos.

—Es eso o si no cuídate, porque la próxima vez que te haga algo no irás a la enfermería, sino directito al infierno.

—No me amenes.

—Es una advertencia, querida. Linda noche —replicó tras darme un beso en la mejilla.

Llegué a un extremo en el cual estar en prisión no me importaba ni me causaba nada, me sentía tan plena y satisfecha conmigo misma que me daba igual si moría hoy o mañana. Comprendí que haber matado a Héctor fue mi misión en esta vida.

Como segunda opción para este crimen perfecto era la tortura, una igual o peor a la que yo pasé. Tardé algo de tiempo en planificar el asesinato. Fue fácil, ya que trabajaba y me desenvolvía en un ambiente enfermo y psicótico. Crecí sin saber nada de él, pero con el tiempo entendí por dónde empezar.

Héctor no sabía hacer otra cosa más que vender marihuana y atender una verdulería, aunque lo de las drogas le costó un año en prisión hace bastante tiempo, podría apostar que sólo se dedicó a vender verduras. Lo último que supe fue que radicaba en la Ciudad de México, justo cuando se fue para no volver. Así que

contraté a un investigador para que lo buscara, me diera la información y después encararme con él.

Esperé un tiempo, hasta que llegó el mes de febrero y un día en específico. Todo lo tenía planeado. Empaqué las cosas necesarias para estar unos días como turista. Tomé el primer vuelo de España a México por la mañana. Estaba nerviosa y no por lo que iba a hacer, sino porque ver a Héctor después de muchos años me parecía algo inverosímil.

Cuando llegué a la Ciudad de México vinieron a mi mente miles de recuerdos que creía haber guardado con candado en lo más profundo, imágenes en las que yo parecía la persona más feliz del mundo, en donde no había lugar para la infelicidad y todo era color de rosa. En esos recuerdos abundaba el amor, la alegría y el significado de sentirse realmente vivo. Esta memoria se reflejaba en un cristal, que no tardó en

romperse en millones de pedazos. Únicamente quedó una pieza donde aplicaría el famoso refrán: “mala hierba nunca muere”.

Me hospedé en un hotel de cinco estrellas que estaba a treinta minutos del aeropuerto. Cuando me dieron las llaves de mi habitación, al entrar tomé el teléfono y marqué a mi madre para avisarle que había llegado con bien a mi destino. Era una costumbre que tenía desde chica. Me sentía con la obligación de hacerlo, ya que mi madre vivía conmigo en España. Era parte de una promesa que le hice, la de nunca dejarla sola y se la cumplí. Llevarme a mi madre a España me hizo creer que era capaz de lograr cualquier cosa, sin importar lo que pasara. Mantenerla y cuidarla me hacía tener una responsabilidad muy grande, pero estaba segura de que regresaría con ella como si nada hubiese pasado.

Me sentí mal con mi madre, porque le había comentado que este viaje lo hacía por cuestiones

de trabajo, lo mismo les dije a mis hermanos y por ese motivo mis visitas a sus casas serían muy breves. No tenía cabeza para otra cosa, la ansiedad apareció tan rápido que decidí no perder tiempo y poner en marcha mi plan. Tenía toda la información de Héctor en un maletín color marrón, cerrado con la combinación de su fecha de cumpleaños o, mejor dicho, con la fecha de su muerte. Tomé la hoja donde venía su dirección y sus horarios.

Como el vuelo duró alrededor de once horas, llegué de noche, lo cual me frenó para salir a buscarlo. Esa noche no pude dormir, había pensado en todo lo que ocurrió en mi infancia y buscando pistas extras para hacer esto más interesante.

A la mañana siguiente tomé un café sin azúcar, me duché y solicité un masaje para relajarme; estaría lista a medio día. Me arreglé, acomodé mis chinos, me pinté los labios con un

color rojo mate y coloqué rímel en las pestañas. Me puse el vestido y las zapatillas más elegantes y caras que tenía en mi guardarropa. Me perfumé, tomé una bolsa de plástico negra donde estaba mi ropa y salí en busca del objetivo.

Próxima parada, Tacubaya. Alquilé un taxi especial para que me dejara unas cuadras antes del vecindario donde Héctor vivía, ya que su casa estaba en un barrio algo espeluznante. Bajé del taxi y me quedé parada unos segundos observando a mi alrededor. El investigador me había comentado que desde las doce del día hasta las cinco de la tarde Héctor se quedaba solo en su casa, ya que a esa hora regresaba Marco de trabajar. Él no terminó la preparatoria y decidió laborar, tampoco se casó aunque tenía sus aventuras como su padre. Era el único que se quedó a vivir con Héctor y con Silvia y no precisamente para cuidarlos, sino porque no quería enfrentarse a una responsabilidad y si trabajaba

era como requisito para que al menos tuviera un techo donde dormir.

Sin pensarlo más caminé a la casa de Héctor, que se veía bastante maltratada, le faltaba mantenimiento y estaba llena de grafitis. Saqué de la bolsa unos lentes oscuros y un largo abrigo gris que me llegaba hasta las rodillas y abroché todos los botones. Recogí mi cabello con un sombrero que traía en la bolsa, de manera que no se viera el color de aquél. Entré y subí al segundo piso, mientras lo hacía, los vecinos susurraban y hablaban de mí, pero eso no me sorprendió ya que mucha gente, y de distintas clases sociales, entraban y salían como si nada, según mi investigador. Además, Marco llegaría a las cinco con una mujer y ellos serían los últimos en entrar. Tomando en cuenta que la inseguridad era algo normal en la vida cotidiana de aquella colonia.

Toqué la puerta, del otro lado no se escuchó nada, volví a tocar y se oyó una voz ronca

preguntando quién tocaba, era él, era Héctor. En ese instante mi corazón se inflaba como un globo y no cabía en mi pecho, al mismo tiempo que latía tan fuerte sentía el palpar en mi cabeza. Escuchar su voz de nuevo fue como un terremoto, movió muchas cosas en mí. No pude contestar y no porque no quisiera, sino que el impacto fue tan fuerte que me quedé atónita. Pasaron unos minutos y no sé de dónde, vino a mí la fuerza suficiente para volver a levantar la mano derecha y tocar la puerta de nuevo. Héctor hizo la misma pregunta y seguí sin hablar. Después de unos segundos volví a tocar, pero esta vez Héctor no contestó. Insistí con más fuerza durante un rato hasta que escuché: “ya voy” y entonces abrió la puerta.

Después de todo lo que vivimos juntas, espero tener más experiencias nuevas contigo, aunque sea a través de un teléfono. No quiero que te sientas

mal, a pesar de que eres la más pequeña de todos siempre nos cuidaste, sobre todo a mí, de corazón deseo que sigas descubriendo lo maravilloso que es el mundo a pesar de que ya no esté contigo. Tampoco quiero que sientas pena, me he convertido en una persona madura (aunque lo dudes) porque si no, hubiera comenzado escribiendo “a pesar de los juguetes, te amo” y, es verdad, quisiera ser ese peluche que tanto abrazabas cuando eras niña. ¡Qué envidia!, siempre me hace falta un abrazo tuyo. Sé que eso de mostrar tus sentimientos no es de ti, pero te doy un consejo, hazlo, de cualquier forma tendrán que salir aunque sea con un dolor de estómago.

—Es hora de ducharse —gritó una de las guardias.

—Despierta, mi güera, tus amigas las cucarachas estuvieron encima de ti toda la noche —comentó Tina, con su tono burlón de siempre.

—¿De qué hablas? —pregunté desconcertada.

—También tu mejor amiga, la rata.

—No te entiendo.

—No estoy hablando metafóricamente, es en serio.

—Tina, me siento mal.

—Es problema tuyo, no mío.

—Necesito ir a la enfermería —repliqué susurrando.

—Espero así te puedas morir.

—¿Tú pusiste la rata para que me mordiera?

—¡Qué lista eres! De esta forma no me darán cadena perpetua.

—¿Que no escucharon? ¡A bañarse, que el agua fría las espera! —dijo una de las guardias.

—Ya vamos —contestó Tina con voz seca.

Quedé inconsciente. De nuevo desperté en la enfermería.

—Ya te gustó estar aquí —dijo Irvin.

—No te apures, dentro de poco ya no vendré.

—¿Te vas a escapar?

—Es más fácil que me mate la loca de mi compañera a que salga viva de aquí.

—¿Segura?

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Eres mi hermana y aunque no convivimos llevamos la misma sangre.

—Hermanastra.

—Hermana.

—No creí que fueras tan noble.

—Bueno, una vez alguien me dijo que nosotros los hijos somos los menos culpables.

—Vaya —contesté tras soltar un gran suspiro.

—También, porque el perdón es indispensable, al menos para mí. No quiero vivir lo que me queda de existencia encerrado en una celda y que me traten de lo peor por culpa del malo.

—No merezco estar aquí, sólo quería justicia —comencé a llorar.

—Imagina que te abrazo. Sabes que me lo prohíben, todo el tiempo me vigilan.

—Gracias.

—Te perdono por haberlo matado. No termino de entenderte, pero puedo ver en tus ojos que no eres mala persona, irónico, ¿cierto?

—Olvidé que también les debo disculpas a ti y a tus hermanos.

—Vamos, tienes que regresar a tu celda.

—Sólo una cosa antes, la próxima vez que venga aquí déjame morir.

—Sabes que estar aquí son las consecuencias de tus actos.

—La víctima no tiene por qué pagar las consecuencias del victimario, Irvin.

—Te revisas la herida, por favor, por favor —contestó a la vez que me abría la puerta.

En cuanto regresé a mi celda, una de las guardias me esperaba para llevarme a la sala de visitas.

—Mariana, tienes visita.

—Genial —supuse que era Román.

—Hola, Mariana. Traigo buenas nuevas
—comentó tras estrechar nuestras manos.

—Escucho.

—El juicio es en una semana.

—¿De verdad? Por fin una buena noticia.

—Prepárate, lo vamos a ganar. En el peor de los casos, disminuirá tu condena, pero podrás salir.

—¿Eso quiere decir que no habrá transferencia a un psiquiátrico?

—Estuve investigando la psicología penal, y gracias a tu comportamiento se puede demostrar que no eres lo suficientemente “psicópata” como para tener problemas fuertes con la justicia, ya que hay crímenes más difíciles para tomar en cuenta un traslado.

—Gracias, de verdad, muchas gracias. Me das un rayito de esperanza.

—Por favor, por favor, no hagas nada malo en estos días, no queremos que nos vayan a privar del juicio.

Cuando me dijo “por favor, por favor” vinieron a mi mente las mismas palabras, pero con la voz de Irvin, pidiéndome que revisara mi herida en cuanto llegara a mi celda y entendí que algo había puesto en ella.

—Nos vemos el día del juicio —replicó Román a la vez que se marchaba.

En mi celda, esperé a estar sola, revisé que Tina no estuviera en su cama, ya que dormíamos en una litera y ella usaba la de arriba. Me quité la gasa, la desdoblé y le eché un vistazo; tenía un pedazo de hoja blanca pegada con un texto escrito por Irvin. Al terminar de leer la nota quedé estupefacta.

—Buenas tardes, señorita —comentó Héctor tras abrirme la puerta.

Ver su rostro lleno de arrugas, su cabello blanco como la nieve y lleno de entradas, me hizo creer que la vida no pasa en vano. Las marcas en la piel no necesariamente son por los efectos de las risas o por nuestros gestos cuando nos enojamos; más allá de cada facción hay marcas de dolor, de heridas que no terminarán de cicatrizar. El tiempo no siempre es el mejor aliado y con un poco de suerte las cirugías podrán tapar cada imperfección, pero jamás serán arrancadas sus raíces.

—Buenas tardes. ¿Tú eres Héctor? —pregunté con frialdad.

—¿Quién es usted? —dijo viéndome a los ojos. Aunque en realidad no podía hacerlo del todo, ya que traía puestos mis lentes oscuros.

—Vengo de parte de su hijo Óscar. Él me envió para que lo llevara a verlo.

—¿Óscar?

—Descuida, sé que están peleados, pero él

quiere resolver las cosas. Ya sabes cómo es, siempre de carácter fuerte pero corazón noble. No lo culpes.

Cuando le dije esto se mostró menos tenso. Él sabía que era verdad todo lo que le había dicho, todo esto gracias al investigador.

—¿Por qué no vino él?

—Está toda la familia en su casa, sus hijos, sus nietos. De hecho es el cumpleaños de su esposa.

—¿Y tú quién eres?

—Soy Mariana.

Deseé con todo mi ser que cuando escuchara mi nombre se moviera algo en él, quizá la nobleza que nunca tuvo.

—Bien Mariana, dile a Óscar que si quiere resolver las cosas conmigo que venga hasta mi casa.

—Te espero abajo, no tardes.

—Espera, soy viejo y ya no tengo las mismas fuerzas. Ayúdame a bajar.

—Por supuesto.

112 Bajamos y al tocar sus manos sentí lo maltratadas que estaban, tal cual siempre las ha tenido. Era más gordo e hinchado por el alcohol que ingería. Tenía sus brazos llenos de manchas blancas causadas por el sol, su ropa era vieja y decolorada. Pude notar su indiferencia hacia a mí, que no tenía la menor idea de que era su hija a la que tanto amaba y consentía cuando era niña. No podía creerlo, estaba al lado mío otra vez, pero de distinta manera y no porque no me hubiera reconocido, sino porque ya no había esa conexión que nos unía, ya no existía amor. Sabía, gracias al investigador privado, que mi padre solía estacionar su auto casi enfrente del edificio, él ya no lo manejaba. Me ofrecí con naturalidad a llevarlo. No puso resistencia.

—Sube con cuidado —comenté con una voz dulce que evidentemente era falsa.

—Gracias.

—Y dime, ¿cómo has vivido todo este tiempo, Héctor? —pregunté mientras me quitaba el abrigo, los lentes y el sombrero para que me pudiera ver mejor, una vez estando ya en el coche.

—Ya sabes, los hijos dan puras penas.

—No tanto como la mía.

—¿Disculpa?

—Claro, el nombre de Mariana es tan común que no sabes quién soy en realidad.

—No, no te estoy entendiendo nada —contestó nervioso.

—¿Creíste que no volveríamos a vernos? —pregunté con malicia y una sonrisa fingida, al mismo tiempo que volteaba hacia él para que me viera cara a cara.

—En serio no sé quién eres.

—Tú y tu cinismo, pero no te preocupes. Yo me encargo de refrescarte la memoria —le dije mientras le inyectaba un tipo de droga para desmayarlo. Arranqué el coche y nos fuimos

al último rincón del mundo donde perdería la vida.

114

Quiero terminar esta carta de una forma particular. Confía en ti, en tus habilidades y haz realidad todos esos sueños que aún son tu motivación de cada día. Eres fuerte y puedes con esto. No sé si haya vida después de la muerte, pero donde quiera que esté Héctor, estaría muy orgulloso de verte triunfar en esta vida, pero no tanto como yo. Vive, sueña, vuela y sé libre.

Atte. Mariana

Me complace escribirte esta pequeña carta, ya que de todos mis hermanos tú eres como yo, igual de rencoroso, Fred. Me gusta pensar que eres el único que me entiende en realidad, el rencor puede ser un sentimiento negativo si así se decide, pero sé con certeza que a ti y a mí nos hizo más fuertes. Recuerdo que tampoco te gustaba frecuentar a la familia de papá y que no te agradó hablarle a tu hijo Tomás de papá, cuando el niño tenía cinco años de edad, esa vez que te preguntó por su abuelo. Jamás te di las gracias por abrazarme el día que papá se marchó. Fuiste mi único refugio en ese momento de amargura, la figura masculina que necesité, que me apoyó cuando me sentía desorientada, una calma en mi tempestad. Tú y Anny son tan reservados. Aunque muy pocas veces me demostrabas cariño, guardas un lugar muy especial en mi corazón. Les debo tanto a ti y Obad que espero algún día poder pagarles por protegernos a mamá, Lourdes, Anny y a mí.



Capitulo 4



Estacioné el auto en una carretera llena de árboles en la que casi no había circulación. Parecía una calle abandonada como de película de terror. Bajé a Héctor y con mucho esfuerzo lo subí a otro coche que había dejado estacionado ahí por si alguien veía las placas de su auto. Arranqué, seguí mi camino. Mientras conducía recordé toda mi infancia, los recuerdos eran tan nítidos como si los proyectara una cámara de alta calidad; mientras mi memoria estaba ocupada, mis emociones y mis sentimientos salieron a flote, comencé a sentir de todo menos nostalgia. La rabia invadía mi ser, aceleré, grité y lloré.

Cuando llegamos a nuestro destino me puse unos guantes de látex y lo bajé. Lo llevé a una pequeña cabaña que yo misma construí. Entramos y tomé unas esposas y unos lazos bastante resistentes. Amarré la cuerda en el techo y dejé que colgara hasta la altura de su cadera, coloqué

las esposas en el lazo y tomé sus brazos hacia atrás para esposarlo, como tocándose su espalda, de manera que su cabeza y sus rodillas estuvieran a la par.

Para despertarlo, le di una bofetada en la mejilla izquierda y no reaccionó, volví a hacer lo mismo sin éxito. Esperé a que el efecto de la dosis pasara; total, ya estaba acostumbrado a ello. La cabaña me gustaba, no tenía luz; por lo tanto, puse muchas velas para poder alumbrarme. Llevé un garrafón de agua y unos materiales que me servirían para llevar a cabo mi plan. Tomé un cuchillo y le saqué filo; mientras hacía esto, Héctor despertó.

—¿Dónde estoy? —preguntó alzando la mirada

—Tranquilo, que será el último lugar que veas.

—¿Quién carajos eres?

—Ya te dije, Mariana, tu hija. Aquella niña

que abandonaste cuando más te necesitaba
—repliqué llena de cólera viéndolo a los ojos
con odio.

—No puede ser —dijo impresionado.

—Sí, ya sé que estoy irreconocible. Física-
mente cambié, pero por dentro sigo siendo la
misma.

—¿Qué hacemos aquí?

Creí que no podía estar más rota, pero su
maldita indiferencia destruyó lo que quedaba
de mí.

—Tú preparándote para suplicar tu muerte
y yo para hacerte este sueño realidad.

—Es una broma, ¿no?

—Pues entonces es una broma de mal
gusto.

—Suéltame, es muy incómoda esta posi-
ción. No tolero mis brazos.

—Yo no toleré el dolor que me causaste al
largarte sin explicación alguna.

—Tenía que hacerlo, tu madre...

—Cállate —lo interrumpí—. No quiero escuchar más mentiras tuyas, ya no más.

—Tú no eres una asesina —respondió con serenidad.

—Te equivocas, contigo me ganaré ese título.

—¿Por qué quieres matarme? —gritó.

—Tu pregunta me ofende. Así que sin más preámbulos, comencemos por revocar todo el daño que has causado, comenzando por mi madre.

—¿De qué hablas?

Metí un pequeño pañuelo hecho bola a su boca y le pegué cinta adhesiva para que sus gritos no fueran escuchados.

—¿Crees que tener muchas mujeres te hace más hombre?, ¿piensas que puedes salir ileso de cualquier enfermedad de transmisión sexual y ser inmortal? Te equivocas.

Tomé el cuchillo al que había estado sacando filo, le bajé los pantalones y su ropa interior, agarré su pene y comencé a cortarlo. Héctor gritaba con desesperación y pataleaba para alejarme de él. Cuando lo escuché así, creí que mi mente estaba diseñada para poder disfrutar su sufrimiento. Al ver mis manos enguantadas llenas de sangre, sentí la necesidad de limpiarlas con la ropa de Héctor y embarrarle un poco de ella en su cara. Él no dejaba de llorar, parecía que tenía algún tipo de derrame porque sus ojos se cubrieron de un rojo intenso.

—Fue fascinante, no más vPH —dije mientras me quitaba los guantes para tirarlos en una bolsa grande negra de basura.

—¿Sabes?, nunca me gustó fumar, no había probado tabaco a lo largo de mi vida, de hecho lo odio, pero hasta hace poco estuve practicando para un momento tan especial como este —afirmé mientras encendía un cigarrillo. Dicen

que es bueno para cuando uno está estresado. ¡Pero qué torpe soy, no traje un cenicero!

Héctor me miraba como si estuviera pidiendo clemencia.

124

—Eso no funcionará conmigo... —Apagué la colilla en su brazo izquierdo. Héctor intentaba gritar, pero no podía—. Recuerdo que te gustaba o te gusta mucho el tabaco, no sé por qué ahora no quieres ni verlo —contesté mientras encendía otro—. Me encantaría darte explicaciones del porqué estoy haciendo esto, pero no lo haré. Te irás al infierno con esa incógnita. Agradece porque te quitaré una vida llena de dudas, lo cual tú no hiciste conmigo —comenté tras probar el cigarro.

—Quiero confesarte que a pesar de todo te agradezco por haberte ido. Muchas personas a lo largo de mi vida se fueron también, cada vez que pasaba, sabía cómo actuar, sobre todo porque ninguna partida me dolió tanto como

la tuya, he ahí la gran diferencia —apagué el cigarro en su brazo derecho—. Ahora te haré una pregunta, ¿quieres que te tape los ojos o prefieres ver lo que te haré? Te aviso que eso de apagar colillas en tu cuerpo aún no termina. —Héctor ya no podía ni siquiera moverse, así que lo tomé como un “no”.

—Perfecto, si puedes verlo será mejor, así te llevarás buenos recuerdos de mí. Seguiremos con mis hermanos, no tienes idea de lo que cada uno pasó y no pretendo decírtelo. Digo, si no te importó antes, mucho menos ahora. Sin embargo, puedo apostar a que vas a sentir lo que cada uno sintió.

Tomé las tijeras.

—Tu espalda me agrada más en estos momentos —cogí su camisa y la corté de manera que quedó completamente desnudo.

Agarré un cable y lo mojé.

—¿Tienes idea de cuántas veces sentía que el cuerpo me pesaba, el alma me dolía y mi esperanza se tornaba cada vez más pequeña? Te daré una prueba.

Sin pensarlo lo golpeé con el cable, el dolor hacía que se retorciera, no decía nada porque el habla se le había ido. Continué pegándole mientras le gritaba lo mucho que lo odiaba, nadie se merece a alguien que a ratos está y a ratos se va, nadie merece que lo quieran tan poquito, porque ni un perro abandona así a sus hijos. No sé por cuánto tiempo le pegué, pero fue lo suficiente como para que su piel empezara a caerse y ver casi sus órganos.

—Prometí que no lloraría, pero provocas algo mal en mí. No tienes idea de lo frustrante que es odiar a alguien a quien se ama.

Hoy quiero decirte que no todo es de color gris, que tengo un par de acuarelas para regalarte y así

pintar la vida, pues al final del día siempre habrá una luz que ilumine tu camino. Puede que a veces las aves de la tristeza invadan tu cabeza, pero al reprimirlas no harás que desaparezcan, tendrás que dejarlas entrar y salir de vez en cuando para que no hagan un nido que termine en depresión.

Te invito a salir de tu vicio. Mamá muchas veces lloró y te suplicó para que lo dejaras. No importa qué tan deportista seas, la marihuana no deja nada bueno, créeme. No te gustaría ver a tu hijo el día de mañana tirado en una banquetta pasado de dosis. Sigue trabajando en eso. Ya demostraste ser mejor padre que el nuestro, ahora demuestra que puedes contra tu vicio.

Para concluir, sé que no necesito pedirte perdón por convertirme en la asesina de tu padre, pero quiero disculparme. Algunos dirán que estoy loca, aun así me quedo tranquila porque ya no hay más tristeza en mi corazón. Te amo, Fred.

Atte. Mariana



Capitulo 5



Podría apostar a que tu ansiedad y tu depresión hicieron que abrieras esta carta en cuanto tus manos la tocaron. No te culpo. Siempre fuiste el mayor guerrero que he conocido, Obad. Al igual que el escrito para Fred, estas son las cartas más pequeñas que hice, no porque los quiera menos, más bien porque con ustedes debo ser más breve, no son igual a Lourdes y Anny. Con ellas tuve que escribir una biblia. Tengo presente que ustedes hicieron mi vida más fácil, siempre supe que podía contar con mi hermano mayor, aunque tuvieras el carácter de un ogro y el cuerpo de un poste. Sin importar todos los errores que cometiera tú darías la cara por mí.

Comencé a llorar de rabia, de coraje. Pensé que él no sentía la más mínima incertidumbre. Paré, dejé de pegarle y tomé otro cigarrillo.

—En los momentos más tristes de mi vida, pero sobre todo en los más felices, te busqué. Te buscaba en lo más profundo de mi ser, en el

corazón, la mente, en mis manos, no sabía dónde encontrarte. Miraba las pocas fotos que teníamos de ti en casa, las observaba con detalle y analizaba en qué momento todo se cayó, cuándo decidiste cerrar el libro y aparecer en otro sin necesidad de cambiar página —comenté mientras las lágrimas rodaban sobre mis mejillas.

—No podía creer qué tan duro tenías el corazón. No entendía qué pasaba por tu mente, al haber tomado la decisión de no volver jamás. Una vez mi psicóloga me dijo que tuviste tus razones, a lo mejor no conseguiría respuestas, pues existe la mentira. Por más que le di vueltas al asunto, no hay razones suficientes para justificarlo —repliqué mientras apagaba otra colilla en su cara.

—Ya es tarde, necesito ir a casa —dije, mientras me limpiaba las lágrimas y toda la sangre que tenía en el cuerpo.

Me cambié de ropa con la que había dejado en la cabaña un día antes de traer a Héctor. Me

arreglé y lo dejé ahí. Tomé las llaves del auto y me marché. Mientras manejaba trataba de identificarme emocionalmente. Pude sentirme más liviana, como si hubiese bajado diez kilos. Mis hombros no pesaban y la espalda estaba relajada, igual que al salir de un spa y un buen masaje. Pude percibir cómo cada nudo interno se deshacía, poco a poco soltaba un fantasma que iba conmigo a donde quiera que fuera. Permitirme una satisfacción de esta magnitud hizo que diera por terminado el plan lo más pronto posible, porque la salida que tanto tiempo busqué al fin estaba en mis manos.

Volví a leer la nota que Irvin me dejó en la gasa. No podía creer lo que leía, por un momento pensé que soñaba. Me pellizqué y supe que estaba despierta. Es cierto cuando dicen que mala hierba nunca muere. La nota decía: “No mereces estar en prisión por un delito que no cometiste, Héctor no está muerto”.

—¿Qué pasó, mi güera? Estás más pálida que de costumbre —comentó Tina en cuanto entró a la celda.

—Nada que te importe.

—Espero que esa rata lo haya provocado.

—¿Por qué no me matas de una vez, Tina?
—pregunté con enojo.

—No soy tan tonta, no quiero que seas tú la nueva razón de otra condena.

—Da igual si la policía se entera o no que fuiste tú quien me mató, en el fondo sabrás que eres culpable.

—Es cierto, pero tengo más probabilidades de salir sin que me aumenten los años por una cosa como tú.

—¡Qué inteligente eres! ¡Ya veo por qué estás aquí!

—¿Te escuché bien, maldita?

—Aparte de ser una criminal también eres sorda, ¿no?

—A mí nadie me ofende —expresó al momento que me tiró al piso pegándome.

—¡Púdrete, maldita! ¡Mil veces maldita!
—Fue lo último que escuché de Tina. Desperté y seguía en mi celda, pero estaba sola.

—¿Alguien sabe dónde está Tina? —pregunté a mis demás compañeras de las otras celdas.

—Sí, güera. Pobre Tina, se la llevó una guardia al cuarto de reclutamiento. Le dijo que no podía hacer eso y que tenía que cumplir con su castigo. También dijo que te llevaría a la enfermería, pero no regresó la vieja por ti —contestó una de ellas.

—Está bien.

Eso significaba una cosa, no saldría viva de aquí y, por ende, no alcanzaría a despertar ni siquiera en la enfermería para poder hablar con Irvin. Era bien sabido que cada vez que Tina se metía en un problema así de grave, al grado de parar en el cuarto de reclutamiento, al día

siguiente moría la persona que la llevó a ese lugar. Constantemente la cambiaban de celda porque las policías sabían que ella mataba a las reclusas, pero es tan astuta que no deja evidencia suficiente como para culparla. Tenía miedo y desesperación, debía actuar lo más rápido posible y todavía más porque Héctor no estaba muerto. Me urgía ver a Irvin, pero no se me ocurría cómo lograrlo. No sabía cuántos días u horas tendrían a Tina ahí y eso aumentaba mi ansiedad. Necesitaba encontrar problemas lo más pronto posible.

A la vez, me aterraba la idea de perder la oportunidad de presentar mi juicio, ya que con la más mínima mala conducta me privarían de ello. Incluso, me sentiría fatal por Román que tanto luchó por esta oportunidad. Estaba entre la espada y la pared, pero me comía la intriga de saber cómo es que Héctor sobrevivió, así que no lo pensé más, decidí parar en la enfermería así perdiera el juicio.

A la mañana siguiente volví a la cabaña, renté otro automóvil para no levantar sospechas. En cuanto llegué desaté a Héctor, cayó al suelo, ya que no tenía fuerzas suficientes como para mantenerse de pie.

—Terminemos con esto de una vez por todas.

—Déjame ir, tengo hambre y sed —contestó fatigado.

—Toma. —Le di una pistola, una calibre 45 con silenciador.

—¿Por qué me das esto? —preguntó asustado.

—Dispárame.

—No, no puedo hacerlo.

En ese momento solté en llanto, me volteé dándole la espalda cayendo de rodillas y agachando la cabeza.

—Me hiciste creer que era la culpable de tu partida, que algo mal había en mí y aunque me costó bastante tiempo aceptar que ya no estabas,

no quise soltarte. Por un rato tu abandono me hizo invencible. Pensaba que el amor de un padre no era tan indispensable si tenía conmigo a mamá y a mis hermanos, porque ese amor es incondicional. Sin embargo, tu ausencia me llenaba día a día de odio y rencor, en mi mente había dudas y pensamientos absurdos. A medida que iba creciendo me acompañaban algunas inseguridades, como tener presente que fuiste el primer hombre que me lastimó y creer que era normal que todos me trataran así. Lo más difícil no fue el hecho de que te hayas ido, sino que viví una infancia llena de mentiras con destellos de felicidad. Tuve que bajarte del pedestal en que te tenía de un solo golpe. Siempre quise ser tan fuerte como mamá, pero fracasé. Pasaba el tiempo, necesitaba demostrarte que podía salir adelante sin ti y lo logré. Aunque se me olvidó trabajar en mí, en mi yo interno, en esa vocecita llamada intuición, en ese alimento que

mantiene vivo mi palpitar. Muchas veces soñé con tu regreso y nunca pasó.

Sé que si yo te pido disculpas no se amonarán tus errores, pero sí aplacaría tu ego. Y aunque en tu miserable vida no vas a reconocer tus culpas, yo necesito hacerlo, no por ti, sino por mí. Entendí demasiado tarde que para encontrar la paz no debo matarte. Así que, Héctor, te perdono por todo lo malo que nos hiciste a mamá, a mis hermanos y a mí. Te perdono.

Cuando terminé de hablar se escuchó un golpe muy fuerte, me giré a donde estaba Héctor y lo vi tirado en el suelo. Me acerqué para observarlo mejor, sujeté su cabeza llena de sangre. Se disparó en la cabeza. Se había suicidado. Mi llanto no cesaba y decidí dejarlo ahí, desnudo y con las marcas de aquel cable mojado y las colillas de los cigarrillos.

Subí al coche y conduje hasta el hotel donde me hospedaba. Mi impacto fue tal que al

verlo así no me limpié y entré al hotel con mi ropa manchada de sangre y en estado como en shock, esto llamó la atención del recepcionista, pero sobre todo de los huéspedes que me vieron entrar. Lo único que quería era encerrarme en mi habitación y procesar lo que había pasado. Entré, cerré con llave y me serví una copa de vino. Estaba temblando. Después de un buen rato parada frente a la ventana, tomé un baño, preparé la tina con agua caliente. Estuve bastante tiempo ahí, hasta que decidí ponerme una bata y escribir cinco cartas explicando por qué maté a mi padre. Teóricamente no lo hice, aunque provoqué aquel disparo que paradójicamente sanó mi alma. Lo hice porque sabía que en cualquier momento estaría pagando por mis decisiones. Cuando terminé de escribir, tocaron mi puerta y abrí.

—¿Mariana Jobs? —preguntó un oficial.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Estás detenida por el asesinato de Héctor Jobs Castillo. Todo lo que digas puede ser usado en tu contra. Tienes derecho a un abogado de oficio si no puedes pagar uno. Pon las manos donde pueda verlas.

Nunca entendí quién había puesto la denuncia directamente hacia mí y cómo es que encontraron el cuerpo de Héctor. Debo aceptar que lo abandoné. Ni siquiera tuve el valor para deshacerme del cuerpo ni de la pistola, además de que en ella había huellas mías y de él. Olvidé usar los guantes de látex. Irónicamente en ese momento me sentía bien.

Quiero felicitarte por haber aceptado ayuda profesional y reconocer que estabas mal emocionalmente. Me alegra que hayas construido una vida con tu nueva pareja, aunque ésta no es de mi agrado, y también felicitarte porque aun así no olvidaste a tus dos hijos, como lo hizo papá con nosotros. Sé

que por él tienes problemas fuertes de ansiedad, es una enfermedad que no reconoce edad ni género; sin embargo, has salido adelante y poco a poco dejaste las drogas. De verdad estoy muy orgullosa de ti.

Como ya sabes, estoy en prisión por culpa de mis malas decisiones, pues aunque no tuve vicios como el tuyo, no estaba bien conmigo misma. No supe hacia dónde caminar, las direccionales no eran claras para mí. Estuve mucho tiempo cegada por los monstruos que me acompañaban. Aunque ustedes me decían que algo malo crecía en mí, preferí hacerme la sorda porque escuchaba perfectamente cada palabra y cada acción que hacía todas las veces que papá salía al tema. Lo hecho, hecho está y yo maté a papá. Espero que algún día puedas perdonarme, porque tú sí aplicabas eso de que familia era familia a pesar de todo. Mi intención jamás fue lastimarlos, más bien buscar la sanación a una herida que no terminaba de cerrar. Te voy a querer siempre.

Atte. Mariana

No podía dormir de pensar en que Tina estaría en la mañana, a un lado de mí, con algún arma blanca lista para despedirme de este mundo. Así que esperé y un poco antes de que amaneciera, empecé un escándalo.

—¡Basta, basta, déjame en paz! —grité como loca desesperada.

—¡Hey! ¿Qué sucede ahí adentro? —preguntó una de las guardias.

—¡Ayuda! —volví a gritar.

La policía entró a mi celda y vio que estaba hirviendo en fiebre y sudando frío.

—Ya es mucha enfermería para ti, Mariana —dijo quitándome la única cobija que tenía.

—Ayúdame, por favor. No me siento nada bien.

—Mejor te dejo aquí; total, si te mueres no pasa nada —contestó cerrando mi celda por fuera a la par de que salía.

—¡No seas desgraciada, llévala a la enfermería, es tu labor! —gritó una de mis compañeras reclusas.

—¡Además, dijiste que regresarías por ella, después de la golpiza que le dio Tina, y no volviste! —replicó otra.

—¡Cállense o me las llevo a todas para que le hagan compañía a Tina en la celda de reclutamiento!

—¡Queremos ver eso! —expresó una de las mujeres.

—Se meten donde no las llaman. ¡Está bien!, te llevaré a la enfermería. Estarás ahí un rato sola en lo que llega el doctor, como ya sabes te estaré esperando afuera.

Me llevó a la enfermería y estuve ahí media hora, cuando de la nada vi entrar a Irvin.

—¿Ahora qué te pasó? —preguntó Irvin preocupado por mí.

—Tina.

—Esa compañera tuya va a terminar matándote.

—Lo sé, por eso estoy aquí.

—¿Lo leíste? —preguntó susurrando.

—Tanto que no puedo creerlo —susurré.

—Lo lamento.

—Mandé cartas con mi abogado a mi familia, explicando por qué lo hice.

—¿Qué piensas hacer?

—Escapar.

—Baja la voz, que no se te olvide que todo el tiempo nos están vigilando y escuchando.

—Lo tengo que hacer hoy.

—Bien, aquí vamos...

—¿Irvin?

—Traigo conmigo una dosis de droga para que inyectes a la guardia; en cuanto caiga inconsciente al suelo harás lo siguiente.

—¿O sea que tenías todo esto planeado? ¿Desde cuándo lo sabías?

—Te juro que apenas me enteré, pero creo saber dónde y con quién está.

Por un momento pensé en la posibilidad de que Irvin me estuviera mintiendo, pero me tranquilicé, no era posible que mintiera en algo tan delicado y menos que me ayudara a escapar de este agujero.

—Bien, hagámoslo —contesté con nerviosismo.

Seguí al pie de la letra cada instrucción y a medio día ya había escapado de la cárcel. Caminé casi un kilómetro y vi una equis pintada en la tierra, escarbé un poco y encontré una bolsa de plástico que tenía ropa para cambiarme, me la puse encima y caminé. Irvin estaba ahí, esperándome como lo habíamos planeado. Subí al asiento del copiloto, sonreímos.

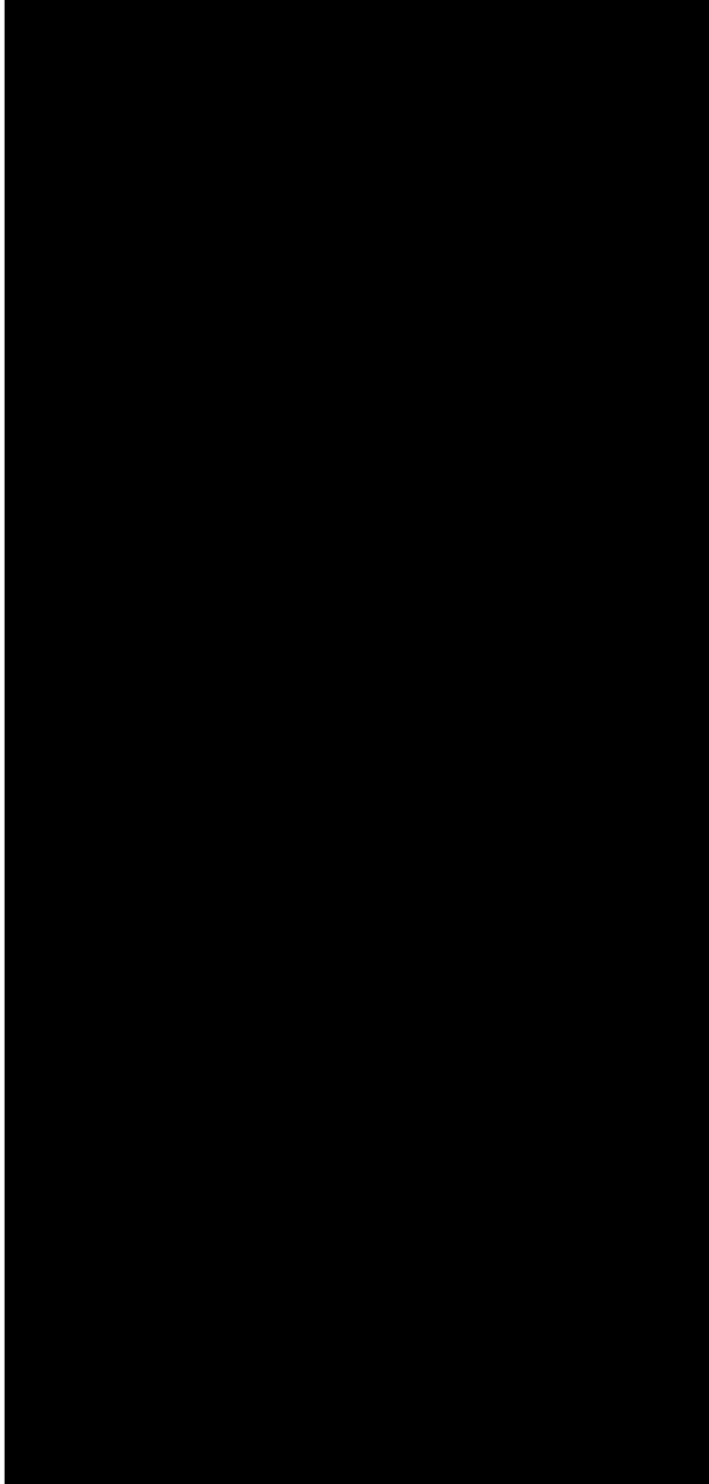
Mi hermano puso música relajante y arrancó el coche. Mientras él manejaba me puse a analizar cómo la vida es tan injusta. Hay gente

que no siempre es digna de llamársele “amigo”. La mentira va a existir y el dolor tiene formas inimaginables. No todas las personas cumplen con un rol en nuestras vidas. El amor no puede forzarse. No vendrán a tu vida experiencias gratificantes por ser buena persona. Deberás pasar por muchos baches, caídas y golpes que te enseñarán el valor que tú tienes.

Por ahí dicen que las cosas pasan cuando tienen que pasar, ni antes ni después. Y aún me sigo preguntando, ¿por qué? Estas dos palabras no me han servido. Tengo que dejar las cosas como son y fluir. Tal vez conoceremos a alguien que posea todo materialmente, pero si no hace una limpieza en sí mismo o no crece como ser humano no tiene nada. El perdón es el camino más fiable para salir adelante. Sí se puede seguir volando, sin importar qué tan pesado es nuestro cuerpo para el tamaño de las alas, siempre se puede.

Vinimos a este mundo a tener nuevas experiencias, a conocer personas con perspectivas diferentes a las nuestras, a hacer cosas de las cuales estemos orgullosos, a probar ese pastelillo que nos da curiosidad, para empezar ese sueño que lleva años en nuestra cabeza.

No importa, en serio, no importa cuál sea la meta o la adversidad por la que se esté atravesando, siempre hay una salida. Podemos tener fortaleza suficiente para lograr lo que nos causa plenitud, porque es de humanos errar, pero la experiencia ganada es una lección aprendida. En fin, no hay edad para comenzar de nuevo y cerrar un ciclo. A estas alturas de mi vida, me costó la libertad y el amor de la gente más amada, puedo decir que por fin gané la guerra que tenía conmigo misma.



El Concurso Universitario de Literatura “Horacio Zúñiga Anaya”, del que tuve el honor de ser jurado, me sorprendió. Nunca he dudado de la capacidad creativa, imaginativa y simbólica de los estudiantes: la juventud es efervescente y se derrama por cualquier resquecillo. Lo que me sorprendió fue la cantidad de obras participantes. Me dio mucho gusto constatar que el futuro de la literatura nacional está más vivo que nunca. Escribir una novela corta no es algo sencillo, además de imaginación y talento se necesita perseverancia y dedicación. Trabajo, trabajo y más trabajo. Las obras demostraron no solo que hay talento, sino que también hay una intención en la escritura de las nuevas generaciones. Lo que leí fueron textos profundos, complejos, apasionados. Creo que justamente de eso se trata la literatura.

Josemaría Camacho

Es muy grato conocer la gran respuesta que tuvo la excelente iniciativa de la UAEM al convocar al Primer Concurso Universitario de Literatura “Horacio Zúñiga Anaya”. El enorme estímulo que representa este reconocimiento.

María Esther Núñez

Antes que nada me permito felicitar a los organizadores del Primer Concurso Universitario de Literatura “Horacio Zúñiga Anaya” y agradecer el honor de poder participar como miembro del jurado. Quisiera destacar que fue de gran interés sondear las preferencias literarias de un segmento de la población juvenil y me parece necesario seguir brindando a los autores en ciernes una plataforma de expresión, por lo que recomiendo en lo posible llevar a cabo la convocatoria anualmente.

Gerardo Sifuentes

SDC